



**COMILLAS**  
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales  
Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

# **Genealogía del populismo**

Crisis orgánicas como condición de posibilidad  
del populismo de izquierdas

Estudiante: **Javier Martín Merchán**

Director: Dr. Carlos Miguel Rico Motos

Madrid, 30 de abril de 2019



*Nosotros y los nuestros, todos hermanos nacidos de una sola madre, no creemos que seamos esclavos ni amos unos de otros, sino que la igualdad de nacimiento según naturaleza nos fuerza a buscar una igualdad política según ley, y a no ceder entre nosotros ante ninguna otra cosa sino ante la opinión de la virtud y de la sensatez.*

ASPASIA (SIGLO V A.C.), MAESTRA DE PERICLES

## Agradecimientos

Uno se plantea inicialmente la realización de su TFG como la condensación de sus curiosidades e inquietudes, como la culminación intelectual de cinco años de trabajo incesante estudiando lo que te apasiona. Y en ese camino que comprende no solo el sprint final de un año sino las vivencias de los últimos cinco, el agradecimiento se torna indispensable para todos aquellos que, queriendo o sin querer, sabiéndolo o sin saber, escucharon, comprendieron, animaron, desafiaron, rieron y lloraron. Todo eso, a mi lado. Son muchos y bien sé que todos ellos se verán interpelados e identificados en estas palabras: desde Torrijos hasta las Jotas, pasando por yoyxs, el Eje del mal...

Con todo, hay personas que especialmente se convirtieron en fuente de aliento, que me han empujado a no tirar la toalla tras largas horas de trabajo febril, y que, comprendiendo como nadie mis sueños y aspiraciones, los acogen hasta hacerlos casi suyos. En ese sentido, mil gracias, primero, a mi hermanita, Teresa, de la que nunca me cansaré de decir que es un ejemplo a seguir para mí; a Mónica, que, muy a su pesar, se sabe de memoria mis reflexiones sobre el populismo y las horas que están detrás de este trabajo; ella, quizás como nadie más, tiene el mérito de haberme soportado en los tiempos de zozobra y, sobre todo, en los de éxito y fortuna; y a Carlos, mi Mendilibar –que no Setién– en todo este proceso, una enciclopedia política y el tutor exigente y atento que con honestidad pienso que buscamos todos los tutorandos.

Segundo, mil gracias, Asunción y José, por convertirlos en mi familia, en las dos personas sin las que no se entendería el Merchán de 2018/2019. Brosun es la hermana mayor que nunca tuve; y la convivencia con ella, una razón de peso para no querer abandonar esta etapa de mi vida. Se pica –con razón– cuando eludimos nuestras responsabilidades en casa, pero sabe escuchar y, sobre todo, comprender; en muy pocos he visto semejante capacidad para ponerse en la piel del otro. Siempre le desearé lo mejor, de corazón, disfrutaré de sus logros como los de la hermana mayor que es, y le pediré solo una cosa: no desistas en tu pelea por la utopía en que confías, y no dejes de creer que ese mundo ideal por el que luchas es posible. Brosef pone la calma y la cordura. Su cabeza vuela, parece un Sócrates del siglo XXI, y te hace replantearte hasta la mayor de tus certezas. De mis debates con él es posible que haya aprendido más que en muchos libros. Buena persona y liberal (¡lo tiene todo!), deseo que siga siendo pieza clave, mi bro, por mucho tiempo.

Y tercero, al llegar al final, se acaba siempre en el comienzo, en el núcleo de todo, en Paco y Ana Pilar. De ellos es este TFG y cada pequeño éxito de este humilde servidor. Paco es mucho más que un padre; ha sido y es compañero, referente intelectual, moral y vital. De él he aprendido a cuestionármelo todo y a no cejar en mi empeño por buscar una verdad que a veces se antoja escurridiza. A él le debo buena parte de mi formación y, sobre todo, la capacidad de esfuerzo, algo que siempre me inculcó con su ejemplo y entrega. Ha trabajado siempre hasta la extenuación, nunca ha dado una batalla por perdida, y su infinita bondad le ha llevado a hacer sacrificios que nadie más habría hecho jamás. De niño, vibró con mis goles; algo más mayor, con mis raquetazos; y todo, mientras pasaba largas tardes de carretera escuchando los palabros infumables de un copiloto al que le había dado por el alemán. Eludiendo protagonismos, detrás de la valla, pero siempre presente. Ana Pilar es mi madre, y eso es, de momento, lo mejor que la vida ha decidido regalarme sin que aún pueda devolvérselo. Sostén y anclaje sólido en la tierra, es también la vocecita que me anima a soñar cuando hay demasiado ruido, que me impulsa a volar contra viento y marea, que me incita a perseguir con esmero las causas justas. Ella es consejo, caricia, armadura y, sobre todo, la defensa terca de una alegría que es capaz de infundir a todo el que la rodea, a mí incluido. A ella le debo todo lo bueno de mi carácter y mi forma de ser y, sobre todo, la sonrisa con la que intento despertarme cada mañana. En 22 años, nunca conocí a nadie con una bondad tan desinteresada como la suya. Voz tranquila en tiempos de tormenta, aliento firme para ser mejor persona. Por todo ello y mucho más: gracias, mamá; gracias, papá.

# ÍNDICE

1.- INTRODUCCIÓN: FINALIDAD Y MOTIVOS .....	1
2.- ESTADO DE LA CUESTIÓN.....	4
2.1.- Aproximación a un concepto escurridizo. Populismo: definición y perspectivas .....	4
2.2.- Populismo y democracia: ¿dos caras de la misma moneda? .....	6
2.2.1.- El populismo como salvación o elemento correctivo de la democracia .....	7
2.2.2.- El populismo como amenaza para la democracia.....	7
3.- MARCO TEÓRICO.....	9
3.1.- Dos formas de «hacer populismo»: la relevancia del eje <i>izquierda vs derecha</i> .....	9
3.1.1.- Populismo de izquierdas: un halo de esperanza para un «pueblo inclusivo» .....	10
3.1.2.- Populismo de derechas: la bandera del miedo en aras de un pueblo exclusivo..	11
3.1.3.- Un apunte final .....	12
3.2.- La relevancia de las instituciones para el populismo .....	13
3.3.- Crisis orgánica como condición de posibilidad del éxito populista .....	14
3.3.1.- Demandas y relaciones equivalenciales: una nota previa.....	14
3.3.2.- Hacia una hecatombe institucional: crisis orgánica y triunfo del populismo .....	15
3.4.- ¿Por qué de izquierdas? La importancia del «pueblo» y del factor económico .....	17
4.- METODOLOGÍA .....	20
5.- ANÁLISIS .....	22
5.1.- Venezuela: crisis orgánica como colofón al agotamiento del orden de Punto Fijo...22	
5.1.1.- Coyuntura económica: una evolución regresiva hacia el agotamiento popular .22	
5.1.2.- El sendero hacia la crisis orgánica: pérdida de confianza en las instituciones e implosión del sistema de Punto Fijo .....	24
5.1.3.- Inclusión y antagonismo: discurso inmanente al hundimiento de Punto Fijo ....	27
5.2.- Grecia: de los confines del abismo a la capitalización del <i>aganaktismenoi</i> .....29	
5.2.1.- El crack del 2008: un hundimiento sin parangón en la historia griega.....	30
5.2.2.- Clientelismo, corrupción, altas expectativas y saqueamiento de las instituciones: cómo perder la fe en el Estado y cómo capitalizar la alternativa refundacional.....	32
5.2.3.- El discurso populista de Syriza: aprovechando una ventana de oportunidad.....	36
6.- CONCLUSIÓN .....	39
BIBLIOGRAFÍA.....	42
ANEXO I: Gráficos.....	I
ANEXO II: Tablas.....	IX
ANEXO III: Figuras .....	XV

## 1.- INTRODUCCIÓN: FINALIDAD Y MOTIVOS

«El siglo XXI será recordado como el siglo de los populismos» (de la Torre, 2017a: 9). De esta manera comienza su último libro Carlos de la Torre, distinguido experto sobre los fenómenos populistas. Y es que, desde hace algún tiempo, el *establishment* político al frente de las democracias de todo el mundo se encuentra sacudido por el sonoro fantasma del populismo. Denostado por muchos; venerado por otros, no cabe duda de que el populismo se ha erigido en parte fundamental de la realidad política de las democracias contemporáneas.

En 2016, Donald Trump salió victorioso en las elecciones presidenciales estadounidenses, y los votantes británicos decidieron abandonar la Unión Europea. El partido de Geert Wilders consiguió aumentar en cinco escaños su representación en el parlamento holandés, Marine Le Pen alcanzó la segunda ronda de las presidenciales de un país, Francia, esencial para el porvenir del proyecto europeo, y el candidato ultraderechista Norbert Hofer no logró superar por muy poco al político verde Alexander Van der Bellen en Austria (Arias-Maldonado, 2018). Todo ello sin ignorar otros casos, como el catalán, que, aunque nacionalistas, incorporan significativos atributos populistas.

Hoy, el riesgo de contagio populista sigue muy presente. El partido populista de Austria, el Freiheitliche Partei Österreichs (FPÖ), gobierna en coalición con la democracia cristiana del país; en Polonia y Hungría, los gobiernos han comenzado a dar peligrosos pasos hacia la construcción de «democracias iliberales» sin que ello suponga una merma en sus niveles de popularidad; y en Italia, el populismo se alzó con la victoria en marzo de 2018: el Movimiento Cinco Estrellas y la Lega Nord de Salvini cogobiernan hoy en una suerte de coalición que parece reordenar el orden político al fulminar el clásico eje izquierda vs derecha (Mounk, 2018).

De acuerdo con el estudio llevado a cabo por Mounk (2018), en los últimos trece años, el porcentaje de voto obtenido por los partidos catalogados como populistas en la Unión Europea se ha triplicado (véase Gráfico 1 en Anexo I). El sistema de partidos parece haberse descongelado a gran velocidad. En un país tras otro, se han ido dando casos de partidos políticos que, de ser marginales, han pasado a consolidarse como elementos fijos de la escena política. En otros casos, tales partidos no existían y han emergido en un contexto marcado por la recesión económica, el crecimiento de la desigualdad y las crisis migratorias (Arias-Maldonado, 2016). Y es que, en esos períodos

de frustración y ansiedad colectiva ante fenómenos de una naturaleza tan compleja, parece lógico que los ciudadanos eleven su protesta contra las elites y apelen a nuevas formas de democracia que hagan recuperar al «pueblo» el protagonismo perdido.

Queda claro, pues, que el populismo está en boga, motivo conveniente para emprender la complicada tarea de analizarlo. No obstante, la prevalencia del fenómeno en la actualidad y en recientes investigaciones en el campo de las Ciencias Sociales no explica por sí sola la necesidad de seguir contribuyendo a la literatura populista. El estudio del populismo también se hace necesario por la importante huella que éste deja en todo tipo de fenómenos políticos. La política populista tiende a reformar los repertorios de movilización política (Madrid, 2008); galvaniza nuevas formas de compromiso político en épocas caracterizadas por el declive de la participación; puede erosionar las instituciones democráticas y dar paso a regímenes autoritarios (Levitsky y Loxton, 2012); contribuye a la acentuación de la polarización política, e incluso podría empujar a los sistemas de partidos al borde del colapso (Pappas, 2013).

Pero este trabajo no pretende convertirse en un estudio más sobre la naturaleza del populismo. Este tipo de cuestiones, así como las concernientes a la relación entre populismo y democracia y a las expresiones geográficas de este fenómeno, ya han sido ampliamente debatidas por la literatura académica (Stanley, 2008; Rivero, Zarzalejos y Palacio, 2017). El presente trabajo tiene como objetivo fundamental averiguar si existe alguna relación entre la coyuntura que antecede a la explosión y éxito del fenómeno populista y la forma de populismo que se materializa efectivamente fruto de esa circunstancia. En otras palabras, considerando la existencia de dos grandes variantes de populismo (de izquierdas y de derechas), se argumenta que la condición de posibilidad para el triunfo del populismo de izquierdas no es otra cosa que la implosión de un Estado institucionalmente débil en forma de crisis orgánica. De lo cual se deducirían, al mismo tiempo, otros dos supuestos: 1) que el populismo de derechas necesita un contexto diferente para triunfar, y 2) que, si la hipótesis se cumple a ambos lados del Atlántico, sería interesante para futuras investigaciones reconceptualizar las distintas formas de populismo en torno al eje izquierda vs derecha, y no en torno a un criterio geográfico que obligue a hablar de populismos europeos y latinoamericanos.

En este sentido, inferimos otra de las razones que justifican la realización de este trabajo, a saber, la posibilidad de cubrir un hueco evidente en la bibliografía internacional

de este fenómeno y, por ende, la capacidad potencial para enriquecer a la comunidad investigadora preocupada por esta materia. Se ha observado que la literatura académica carece de investigaciones que vinculen las diferentes variantes de populismo con las distintas condiciones que las vieron nacer. Bien es cierto que sí existen –aunque escasean– algunos recursos bibliográficos que abordan, desde una perspectiva fundamentalmente teórica, la relación entre la erupción de una crisis orgánica y el triunfo del populismo. Entre ellos, quizás sea Laclau (2005) quien se ha erigido en máximo exponente de esta tesis. No obstante, en ningún caso estos trabajos distinguen entre populismo de izquierdas y de derechas, ni establecen una relación explícita entre la erupción de las crisis orgánicas y los tipos de populismo resultantes de las mismas. Una explicación plausible de ello podría radicar en el mencionado carácter teórico de algunos de estos trabajos (Laclau, 2005; Villacañas, 2015), los cuales no se detienen a estudiar empíricamente en qué países las crisis orgánicas han favorecido el triunfo de qué tipo de populismo. Esta es la tarea que emprende el presente trabajo.

En aras de una mayor claridad, este trabajo seguirá la siguiente estructura. En primer lugar, se realizará un repaso bibliográfico acerca del concepto de «populismo» y de su relación con la democracia en pos de la correcta conceptualización y acotación del término. En segundo lugar, el marco teórico pretende poner de manifiesto las divergencias esenciales entre el populismo de izquierdas y de derechas, así como profundizar en la tesis de este trabajo desde un punto de vista eminentemente teórico. Valiéndose de la capacidad del populismo para crear cadenas de equivalencia, se argumentará que el éxito de la configuración de un pueblo inclusivo viene precedido por una desgarradora crisis económica que, a su vez, deriva en una crisis orgánica en la que el pueblo deja de confiar en las instituciones responsables de esa crisis. Tras unos breves apuntes metodológicos, el análisis se divide en dos subsecciones en las que se examinan por separado los casos de Venezuela y Grecia. Ambos epígrafes incluirán una valoración de la coyuntura económica anterior al éxito populista, una exploración del funcionamiento de las instituciones y la relación de los ciudadanos con las mismas, y un análisis del discurso emitido por Chávez, por un lado, y por Tsipras y Syriza, por el otro. El trabajo finalizará resaltando los hallazgos más relevantes y abriendo la puerta a la realización de futuras investigaciones que profundicen sobre algunas de las conclusiones que se esgrimen de este estudio.



## **2.- ESTADO DE LA CUESTIÓN**

### **2.1.- Aproximación a un concepto escurridizo. Populismo: definición y perspectivas**

Apuntaba Taguieff (1995) que «la desventura del término populismo es haberse hecho popular». Y es que, en la actualidad, el populismo parece un concepto variable y polisémico, empleado en todo tipo de ámbitos y por sujetos de la más diversa procedencia ideológica. Por ello, la primera tarea que ha de emprender este trabajo tiene que ver con la acotación un término que, a partir de Weyland (2001), ha sido conceptualizado como un discurso ideológico, como una estrategia política y como una ideología.

Un primer planteamiento consideraría que el populismo ha de entenderse como un «tipo de discurso político» caracterizado por la descalificación del «ellos», «los de arriba» o «las elites», así como por la interpelación de las personas como miembros de un colectivo, el «pueblo», víctima de los intereses de esas «elites» (Freidenberg, 2012). Para Laclau (2005), la dicotomización «nosotros vs ellos» del discurso populista supone un ejemplo de «significantes vacíos» relacionales que pueden adoptar multitud de contenidos en función del contexto. Así, estos dos significantes adquirirán su significado por un proceso de «identificación» en el que unos grupos sociales conformarán el «pueblo» o «nosotros», quedando enfrentados contra «los otros», el «ellos» opresor. El antagonismo constituye así ese modo de identificación en el que la relación entre forma (el pueblo como significante) y contenido (el pueblo como significado) está determinada por el propio proceso de nombrar (Panizza, 2005). Se trata, por tanto, a través de un discurso ecléctico, de modificar o crear la subjetividad del público para dar forma al «pueblo», una colectividad simbólica de la que sentirse protagonista del cambio social.

Una segunda conceptualización del populismo entiende este término como una estrategia llevada a cabo por diversos actores para alcanzar o ejercer el poder, ganar o retener el apoyo social. Así, para Weyland (2004), el populismo emerge como una estrategia política a través de la cual un líder personalista busca o ejerce el poder gubernamental gracias al apoyo directo, no mediado y desinstitucionalizado de un gran número de seguidores desorganizados. En este sentido, recientemente ha cobrado fuerza la perspectiva de aquellos que ven en el populismo una estrategia para ajustarse a la competición en un determinado sistema de partidos y obtener rédito político, si no el poder (Sinha, 2017). En una situación de crisis y descontento popular, la promoción de una agenda extremista y anti-statu quo resulta clave para apelar a la gran mayoría de la

población, así como para obtener un mayor número de votos del que se podría conseguir de cualquier otra forma (Serra, 2018). En tanto que estrategia para competir electoralmente (y no para gobernar eficazmente), es posible que las propuestas de estos actores populistas no puedan materializarse cuando alcancen el poder. O al revés: si un movimiento considera que su ideología no tiene oportunidades de prosperar en un sistema de partidos, podría renunciar a explicitarla, adoptando el disfraz populista para competir electoralmente, acceder al poder y desarrollar su proyecto ideológico (Roberts, 2010).

Un tercer planteamiento es el que define al populismo como una ideología que considera que la sociedad está separada en dos grupos homogéneos y antagónicos, «el pueblo puro» vs «las elites corruptas», y que sostiene que la política ha de convertirse en la expresión de la voluntad general del pueblo (Mudde, 2004). Dado que no posee el mismo nivel de refinamiento intelectual que otras ideologías, el populismo funcionaría como ideología «delgada», la cual exhibiría una serie de elementos nucleares vinculados a una gama más amplia de conceptos políticos procedentes de otras ideologías «plenas» (Freeden, 1998). El populismo, pues, posee dos conceptos centrales, «pueblo» y «elites», pero carece de un centro programático y de ideas concisas sobre cómo tratar los problemas sociales. Por ello, ha de combinarse con otras ideologías más comprensivas, conformando populismos «de izquierdas» y «de derechas» (Kaltwasser, 2014).

Así pues, el populismo puede manifestarse de diferentes formas, si bien éstas no son excluyentes entre sí: el populismo podría ser simultáneamente un discurso, una estrategia y una ideología (Pauwels, 2011). Por tanto, resulta imprescindible conocer las propiedades nucleares que permiten referirse a este concepto y en cuya ausencia éste no existiría. Tales propiedades son, de acuerdo con Stanley (2008), la presencia de dos sujetos de análisis homogéneos, el pueblo y la elite; una relación de antagonismo entre ellos; la valoración idílico-positiva del «pueblo» y el descrédito de las «elites»; y una idea de soberanía popular que se traduce en la supremacía de la *volonté général* como única fuente legítima de poder político. Ahora, que estas características conformen el núcleo del populismo no quiere decir que no puedan añadirse otros rasgos comunes. Éstos serán, sin embargo, rasgos más adjetivos que constitutivos (Taggart, 2000): la tendencia a instituirse en torno a un líder carismático, el antiintelectualismo, la preferencia por patrones de comportamiento polarizadores, o la hostilidad hacia la democracia representativa, pues, como señala Rivero (2017: 35), ésta «ejemplifica la división pueblo-elite al establecer una diferenciación funcional entre representados y representantes».

## 2.2.- Populismo y democracia: ¿dos caras de la misma moneda?

Sostiene Sartori (2007) que en la segunda mitad del siglo XIX el ideal liberal y el democrático confluyeron entre sí y, al fundirse, se confundieron. El malentendido nace por el hecho de que a veces se emplea la palabra «democracia» para referirse a la «democracia liberal» y a veces para hacer referencia exclusivamente a «democracia»: en el primer caso, revertimos en la democracia todos los atributos del liberalismo; en el segundo, liberalismo y democracia vuelven a ser dos. Por esto, conviene reconstruir brevemente estos dos conceptos antes de realizar cualquier indicación acerca de la relación entre populismo y democracia.

La palabra «democracia» hace referencia al poder o gobierno del pueblo. De hecho, en su sentido radical, la democracia permite que los ciudadanos se involucren directamente en los asuntos públicos, avalando un gobierno de la mayoría por medio de mecanismos que reflejan con claridad la intención de los miembros de una comunidad, tal es el caso de las votaciones plebiscitarias (Mignolo, 2014). Hoy, sin embargo, la palabra «democracia» no hace referencia exclusiva al principio del gobierno de la mayoría, sino que también contempla la protección de los derechos de los individuos y las minorías, la formación de Gobiernos representativos, la existencia de un Estado de derecho que constriñe el poder del Gobierno a través de un sistema institucional de *check and balances*, y la independencia de la judicatura (Mignolo, 2014). Estas nociones de democracia representativa, pluralismo e institucionalidad dan sentido al adjetivo «liberal» y, por tanto, definen la esencia de las democracias liberales.

La compleja relación entre populismo y democracia centra buena parte del interés de la comunidad investigadora preocupada por el estudio del populismo (Mény y Surel, 2002; Panizza, 2005; Mudde, 2007). Buena cuenta de ello es el trabajo de Moffitt (2010), quien define el populismo como «el invitado incómodo de la cena», aquel que hace preguntas inapropiadas y destapa importantes problemas. En realidad, esta metáfora capta la dualidad entre la política populista y la democracia: el populismo desafía el sentido común de la democracia liberal y puede tener implicaciones ominosas para la misma, pero, al mismo tiempo, sirve para identificar problemas políticos que de otro modo serían ignorados y dar voz a grupos que puedan verse marginados (Arditi, 2007). Lo que parece confirmarse, en cualquier caso, es que la relación entre populismo y democracia presenta una «ambigüedad constitutiva»: el populismo siempre acompaña a la democracia como un espectro; ahora, el impacto que tiene sobre ella no está tan claro (Canovan, 1999).

### ***2.2.1.- El populismo como salvación o elemento correctivo de la democracia***

El populismo cumple con este cometido para aquellos que, como Laclau (2005), ven en los momentos de ruptura populista la manera de terminar con sistemas administrativos excluyentes y construir órdenes alternativos. Así, la conformación del «pueblo» no sería solo una estrategia eficaz para alcanzar el poder, sino la propia lógica inherente a la política democrática. La cuestión de fondo, en realidad, es que en la democracia conviven dos principios: los liberales de pluralismo y libertad individual con los democráticos de soberanía popular e igualdad (Mouffe, 2005). La complicada coexistencia de éstos puede hacer que la «gente común» no encuentre canales para mostrar lo que piensa y no se vea representada en las instituciones liberal-democráticas. Fruto de las carencias de la democracia liberal, aparecería el populismo como radicalización de la democracia, es decir, como renovación del ideal democrático-participativo (Mouffe, 2005).

Además, el populismo podría entenderse como indicador de la lozanía de la democracia liberal. Su surgimiento constituiría una advertencia de que la elite ya no comprende a la opinión pública, o de que la dimensión liberal de la democracia asfixia a la «democrática» (Taggart, 2000). Así, el populismo se entendería como un fenómeno beneficioso «en pequeñas dosis homeopáticas» (Rivero, 2017): su emergencia derivaría en una cierta regeneración democrática, al llamar la atención sobre ciertos síntomas del declive del sistema y exigir una reacción por parte de los partidos convencionales.

### ***2.2.2.- El populismo como amenaza para la democracia***

La otra cara de la moneda es la que entiende el populismo como una desviación patológica, pseudo- y postdemocrática de la propia democracia (Levitsky y Way, 2010; Levitsky y Loxton, 2012, 2013). El populismo emplea las elecciones como base de su legitimidad. Ahora bien, prioriza el gobierno de la mayoría sobre otros ideales liberales, como el Estado de derecho, el pluralismo, los derechos de las minorías y los mecanismos institucionales que garantizan la rendición de cuentas (Pappas, 2013). Estos elementos se perciben como instrumentos que garantizan el dominio de las elites, que debilitan la voluntad popular y que convierten la política en la administración tecnocrática de lo público (Peruzzotti, 2008). En consecuencia, su lógica antipluralista y simplista para equiparar la democracia con una lucha emocional entre dos bandos, así como su defensa de una democracia popular sin mediaciones, tienden a socavar los cimientos de la

democracia representativa, desestabilizando las instituciones democráticas, desafiando la separación de poderes y minando la protección de las minorías (Betz, 1994).

Es más, aunque el populismo pueda ser beneficioso en tanto que llamada de atención sobre las deficiencias de la democracia representativa, éste no constituye en sí ninguna alternativa. A esto se refieren Vallespín y Martínez-Bascuñán (2017: 262) cuando reconocen que, sí, los populismos indican que algo va mal, pero no son mucho más expresivos: no dicen nada sobre cómo reorganizar el sistema institucional, cómo mejorar la relación representante/representado, o cómo ejercer el poder político. Pasquino (2008) va más allá y sugiere que el populismo no solo no ofrece alternativas, sino que además empaña las ofrecidas por los demás actores, pues suele instarles a emular su estilo en oposición a él, deslegitimando así cualquier proposición compleja de política pública.

El populismo, en definitiva, generalizará el malestar hacia el *establishment* democrático con el objetivo llegar a redefinir sus instituciones de un modo antiliberal. Frente a la democracia pluralista y representativa, el populismo ofrecerá una plebiscitaria fundada en el vínculo emocional entre el líder y el pueblo que le pone voz (Arias-Maldonado, 2018). Y, si alcanza el poder, Rivero (2017: 39) lo tiene claro:

En el nombre del pueblo se declararía ilegítima toda discordancia con la unanimidad populista y se agostarían el pluralismo. En el nombre de la democracia se condenaría la democracia y sobrevendría el autoritarismo, la dictadura y la desaparición de la libertad. La democracia se habría evaporado en nombre del pueblo.

Se daría por buena la «ley de hierro de la oligarquía» de Michels (1991): si existe una división entre representantes y representados, los primeros siempre tendrán un interés particular que disfrazarán de colectivo, en contra de los intereses de los representados; por ello, la democracia no puede existir a través de la representación, ya que requiere que la voluntad popular se transforme en acción política sin mediaciones. Así, la «verdadera democracia» es la que emerge del vínculo entre el pueblo y el líder. La crítica populista a la democracia en nombre de una mejor democracia podría derivar en la defensa de la dictadura y el autoritarismo. «Eso sí, siempre en nombre del pueblo» (Michels, 1991: 35).

Es momento de adentrarse en la cuestión central que aborda este trabajo: averiguar si las circunstancias que preceden la emergencia populista condicionan el tipo de populismo resultante. La pregunta que se plantea es: ¿son las crisis orgánicas la condición de posibilidad del populismo de izquierdas? Sobre ello reflexionará el marco teórico, no sin antes profundizar sobre la relación del populismo con el clásico eje izquierda/derecha.

### 3.- MARCO TEÓRICO

#### 3.1.- Dos formas de «hacer populismo»: la relevancia del eje *izquierda vs derecha*

Hoy, se argumenta que el eje izquierda vs derecha ha agotado su capacidad de descripción y ordenación política (D'Adamo y Beaudoux, 2013), lo que ha llevado a algunos investigadores a sugerir que los partidos populistas de izquierdas y de derechas presentan más similitudes que diferencias. Esta es la postura de Rooduijn y Akkerman (2015), que niegan la existencia de diferencias significativas entre estas dos variantes de populismo, asegurando que el mensaje de ambas es el mismo, a saber, que las elites corruptas no se encuentran preocupadas por los intereses de la «gente corriente». Asimismo, la coalición de Syriza con el derechista ANEL en Grecia o la del Movimiento 5 Stelle con la Lega Nord en Italia han puesto de nuevo en boga la «teoría de los dos extremos», según la cual los populismos de izquierdas y de derechas poseen un buen número de características «extremistas» comunes (Halikiopoulou et al., 2012: 531).

Ahora bien, que las distintas expresiones populistas tengan características en común no implica que todas ellas sean iguales. Mudde y Kaltwasser (2013), por ejemplo, distinguen dos formas de populismo principales: uno europeo y estadounidense, que enfatiza la dimensión étnica del pueblo, y otro latinoamericano, que se esfuerza por galvanizar los diversos grupos étnicos y socioeconómicos que conviven en una sociedad. Pero el populismo no solo trasciende fronteras geográficas y épocas históricas; también transgrede divisiones ideológicas, de tal manera que es posible hablar de «populismo de derechas» para referirse a aquel de marcado carácter étnico (Ivarsflaten, 2008) y de «populismo de izquierdas» para aludir a aquel que pretende reunir todas las identidades de la nación bajo un mismo «pueblo» (Levitsky y Roberts, 2011).

En su análisis de los patrones de voto de los partidos populistas de izquierdas y de derechas en el parlamento holandés, Otjes y Louwse (2015) descubren que, salvo un escepticismo compartido respecto a la Unión Europea, estos patrones están más condicionados por la posición de estos partidos en una u otra parte del espectro ideológico que por su condición populista. Y es que, en efecto, en tanto que discurso, estrategia política o «ideología delgada», el populismo no puede construir por sí solo un programa amplio y coherente que aborde problemas políticos fundamentales y, por ello, se ve obligado a combinarse con otras ideologías que, siguiendo la lógica populista, sí ofrecerán algún tipo de respuesta a estos problemas (Stanley, 2008). En otras palabras, el populismo

no es una ideología plena; por ello, resulta necesario no exagerar su significado sustantivo, puesto que será la ideología subyacente a la exteriorización de la división pueblo vs elite la que definirá la orientación del populismo (Katsambekis, 2016).

### ***3.1.1.- Populismo de izquierdas: un halo de esperanza para un «pueblo inclusivo»***

El primer elemento que se ha de tener en cuenta para distinguir entre populismos es la forma en que cada uno de ellos define al pueblo vis-à-vis la elite. Es lo que Mudde y Kaltwasser (2013) denominan dimensión simbólica del populismo. Si el pueblo lo componen «los de abajo» frente a «los de arriba», las grandes masas populares frente a las elites, el populismo adopta el perfil de la cuestión social y será de izquierdas o, como apunta Rivero (2017: 36-37), «se convertirá en el refugio del viejo izquierdismo socialista o comunista que necesita un disfraz nuevo en el que prosperar». Nótese aquí el carácter inclusivo del «pueblo», que, lejos de segmentar la población bajo criterios étnicos, pretende aunar en el mismo proyecto de nación a todos aquellos que no pertenezcan a las elites. Esto permite reunir bajo el significante «pueblo» a personas de bagajes muy distintos y, en especial, a aquellos que sufren los efectos de la pobreza y a las minorías que padecen ciertas formas de discriminación cultural (inmigrantes, grupos LGTBI, etc.).

No es extraño, de hecho, que Chávez y Morales no se vistieran y hablaran como las elites, sino como la «gente común», lo que facilita la identificación de las masas con el líder (Mudde y Kaltwasser, 2013). Del mismo modo, en Grecia, Syriza no imaginó al pueblo desconociendo su pluralismo: el pueblo de Syriza incorporó movimientos sociales de todo tipo, se constituyó como un sujeto incluyente que no estaba restringido por criterios étnicos, raciales y de género, y que intervenía como una comunidad unida en los asuntos públicos (Stavrakakis y Katsambekis, 2014). Pero esta concepción inclusiva del «pueblo» no queda limitada a una dimensión simbólica; la implementación de ciertas políticas también da cuenta de la existencia de un populismo de izquierdas. En Venezuela y Bolivia, por ejemplo, Chávez y Morales han puesto en práctica políticas que buscan mejorar la calidad de vida de los grupos socioeconómicamente más débiles (Mudde y Kaltwasser, 2013). Así, Chávez ha implementado las llamadas «misiones sociales»: políticas específicas dirigidas a las clases más pobres financiadas directamente por la oficina presidencial, en lugar de por las instituciones del Estado (Meltzer, 2009). Estas misiones incluyen programas de atención de la salud, ampliación de la educación primaria, distribución de alimentos subvencionados y servicios de provisión de vivienda.

Otro ejemplo de rabiosa actualidad es la propuesta del Movimiento 5 Stelle en Italia para implementar una renta básica «de ciudadanía» de 780 euros (Verdú, 2018). Este aumento del gasto en política social, en suma, evidencia el énfasis que ponen los populismos de izquierdas en la necesidad de establecer medidas para ayudar a amplios sectores de la población, sectores antes desfavorecidos o discriminados por las políticas que ponían en marcha las elites. Además, este tipo de políticas económicas desarrollistas otorgan un papel crucial al Estado en la dirección económica de un país, un papel de otra manera no tendría (March, 2017).

### ***3.1.2.- Populismo de derechas: la bandera del miedo en aras de un pueblo «exclusivo»***

Moviéndonos aún dentro de los contornos del populismo, el pueblo también podría concebirse a partir de sus rasgos étnicos. Si así fuera, el pueblo pasaría a convertirse en una comunidad cohesionada por una serie de vínculos culturales que la distinguen de otros colectivos; los enemigos del pueblo ya no serían solo las elites, sino también todos aquellos que no posean las características distintivas que garantizan la homogeneidad de la comunidad; y, puesto que tales personas osan romper la homogeneidad del grupo, su presencia constituiría una amenaza para la configuración del «pueblo» como sujeto colectivo con voluntad única (Rivero, 2017: 37). Este lenguaje exclusivo caracteriza al populismo de derechas predominante en Europa.

Ahora bien, aunque generalmente se hace referencia a los extranjeros como grupo que debe excluirse, esta comprensión exclusivista del pueblo puede ir más allá. Se podría activar también frente a los «no ciudadanos» legales (como los trabajadores temporales y los refugiados), frente a los nacionales de ascendencia extranjera (como los musulmanes) o frente a las minorías étnicas; en definitiva, frente a todo aquel que, formando parte de minorías o incluso mayorías asentadas, no coincida con los rasgos distintivos que caracterizan al pueblo, según el líder populista (Ivarsflaten, 2008). Así pues, la exclusión siempre hace referencia a elementos culturales, izando la bandera del nacionalismo frente a los de fuera: el populista de derechas será la voz de un pueblo étnico donde se excluyen personas y valores extranjeros.

De nuevo, esta construcción simbólica se ve reflejada en las propuestas políticas de los populistas de derechas. Mientras que el populismo izquierdista hacía hincapié en mejorar la vida de los sectores socioeconómicamente más débiles, el populismo de derechas cree que las buenas condiciones de vida de una comunidad son amenazadas por



los agentes extranjeros y, por tanto, el objetivo es proteger esas condiciones a través de la exclusión de los *outgroups* que las hacen peligrar (Mudde y Kaltwasser, 2013). Un claro ejemplo de esto viene dado por el «chovinismo del bienestar» que apoyan el Frente Nacional y el FPÖ, entre otros. La idea es consolidar un Estado de bienestar generoso para el «pueblo puro», pero no para los extranjeros, que serían excluidos de la mayor parte de beneficios (Dewinter, 1992). Esto se conseguiría por medio de un sistema jurídico diferente para los extranjeros en cuanto a servicios sociales, empleo y vivienda social, así como con medidas como la limitación de prestaciones por maternidad y desempleo o la supresión de los derechos de propiedad para extranjeros. En suma, tras el populismo de derechas parece descansar una idea de *etnocracia* en la que rige el gobierno de la mayoría y sus decisiones contra los derechos y oscuros intereses de las minorías (Bornschieer, 2010).

### **3.1.3.- Un apunte final**

Antes de adentrarnos en la relación entre crisis orgánicas y populismos, conviene realizar tres apuntes. Primero, si bien la mayor parte de la literatura se estructura en clave geográfica, identificando las características del populismo de izquierdas con el populismo latinoamericano y haciendo lo propio entre populismo de derechas y populismo europeo, no existe ninguna razón por la que las características del populismo latinoamericano no puedan hacerse extensivas al continente europeo para ilustrar casos de populismo de izquierdas. El trabajo de Stavrakakis y Katsambekis (2014) es buena prueba de ello.

Segundo, la conclusión esencial que se desprende de los párrafos anteriores es que el populismo de izquierdas es diádico –pues ataca a las elites gobernantes–, mientras que el populismo de derechas es «triádico», atacando no solo a las elites, sino sobre todo a los extranjeros (Judis, 2016: 82-83). El primero tiende a ser incluyente, mientras que el segundo es excluyente. Y, sobre todo, el populismo de izquierdas posee una dimensión fundamentalmente socioeconómica (por la que se pretende incluir a los más desfavorecidos), mientras que el populismo de derechas adquiere un cariz sociocultural (por el que se excluye a los ajenos a ciertos rasgos de este tipo). Es fácil, por ello, que el populismo de derechas emerja en aquellos países que han alcanzado un nivel de desarrollo en el que las políticas postmateriales rivalizan en importancia con las políticas socioeconómicas; por su parte, el populismo de izquierdas tendrá una mejor acogida en aquellos países donde persisten elevados niveles de disparidad socioeconómica y pobreza y, por lo general, instituciones más débiles para afrontar estos problemas.

Y tercero, esta diferenciación entre populismos de izquierdas y de derechas puede resultar útil para comprender que el populismo casi nunca emerge de forma pura, sino ligado a otras características ideológicas que pueden estar relacionadas con agravios particulares existentes en diferentes contextos. En aquellos países donde reine la desigualdad y la insatisfacción económica, el populismo quedará ligado a ciertas posiciones socialistas; donde la cuestión cultural se torne igual o más importante que la económica, el populismo quedará ligado con el nativismo (Rooduijn y Akkerman, 2015). En el primer caso, el populismo enfatizará las posiciones antiimperialistas y fomentará una identidad fraternal entre los habitantes del país; en el segundo, el populismo encarnará una versión xenófoba del nacionalismo, según la cual el Estado debería ser habitado por el grupo nativo, y los valores extranjeros suponen una amenaza para el Estado-Nación.

Ahora bien, ¿cómo triunfa el populismo? ¿Qué tiene que suceder para que se convierta en un fenómeno exitoso? La respuesta radica, según Rivero (2017), en la emergencia de un contexto en el que el malestar con la democracia dé al populismo las alas que necesita para prosperar: un contexto de crisis, de crisis política, económica, social y cultural. Se trataría, por tanto, de una situación en la que buena parte de la población se siente engañada al ver frustradas sus expectativas de prosperidad económica y al verse desprotegida por un Estado que ya no parece atender los derechos de todos.

Pero no cualquier tipo de crisis tiene la capacidad de generar el caldo de cultivo perfecto para el éxito del populismo. El populismo supone una reacción radical contra la democracia liberal y, por tanto, cuanto más agudas sean las fallas de ésta, con mayor fuerza florecerá aquel (Galston, 2018). En este sentido, la crisis que dé paso al populismo habrá de atacar el núcleo de las democracias liberales: su carácter institucional. Y es el fracaso rotundo y colectivo de estas instituciones lo que resultará en la crisis orgánica. Desde una perspectiva teórica, examinemos cómo el fallo de las instituciones facilita el estallido del discurso populista y, sobre todo, del discurso populista de izquierdas.

### **3.2.- La relevancia de las instituciones para el populismo**

Las instituciones representativas de la democracia liberal conviven en continua tensión con la idea de «voluntad popular» que emana del populismo. Para los populistas, la tarea principal de las instituciones políticas no debe ser la de erigirse en sistemas de *check and balances* o en protectoras de los derechos civiles, sino más bien la de constituir una herramienta instrumental para traducir la voluntad mayoritaria en decisiones políticas

(Urbinati, 1998). Si esto no se da, se entiende la democracia liberal –y sus instituciones– como un complejo sistema de toma de decisiones que resulta opaco y pernicioso para el «pueblo» (Canovan, 2002: 25). De ahí la reivindicación de una democracia «verdadera» dirigida por el «pueblo» y no por las elites que se esconden tras las instituciones.

Para que este discurso cale, resulta imprescindible que las instituciones no estén funcionando o, al menos, que exista un descontento entre los ciudadanos sobre la manera en que lo están haciendo. Dicho de otra manera, en una sociedad con instituciones democráticas asentadas, resulta muy difícil que triunfe el populismo. A esta conclusión llegan Mudde y Kaltwasser (2012), quienes añaden que las instituciones de la democracia liberal –cuando están consolidadas– suelen hacer que los populistas desradicalicen sus proyectos, pacten y se sometan a las reglas de juego institucionales, controlando así también los impulsos antipluralistas propios de los gobiernos populistas.

Los proyectos populistas, por tanto, no parecen devenir en regímenes de este tipo cuando tienen que hacer frente a la resistencia de las instituciones democráticas (de la Torre, 2017b). Pero se puede contemplar esta idea desde la perspectiva opuesta: es fácil que emerjan gobiernos populistas si no tienen que hacer frente a instituciones democráticas fuertes o si éstas han dejado de funcionar. En esta línea, Cevallos (2016) advierte que la fuerza motriz de la política populista es la debilidad de las instituciones democráticas, que hace creer a los votantes que los políticos no atienden a las demandas del pueblo porque tienen intereses ocultos y privados que esconden tras un complejo entramado institucional. Similar conclusión alcanzan también Mudde y Kaltwasser (2012), para quienes los populismos tomarán el poder siempre que las instituciones de la democracia liberal se hallen inmersas en una crisis tan profunda que les haga perder toda su legitimidad (la crisis orgánica).

### **3.3.- Crisis orgánica como condición de posibilidad del éxito populista**

El populismo entiende las crisis como una ventana de oportunidad para florecer y ganar adeptos. Ahora bien, su triunfo requiere algo más: una crisis que haga a las instituciones perder toda su legitimidad y a los ciudadanos buscar esa legitimidad en nuevos actores. Es lo que Gramsci (1975) llamaba «crisis orgánica» del Estado.

#### **3.3.1.- Demandas y relaciones equivalenciales: una nota previa**

Como apunta Rivera (2015), en una sociedad hay infinitas demandas, pero la única manera de alcanzar el poder es la búsqueda de una que encierre en su seno todas las

demás. El populismo no puede prescindir de producir equivalencias, porque de otro modo solo existirían demandas aisladas incapaces de unir a la gente, pero acepta que no hay una demanda fundamental que, de por sí, sea el equivalente de todas las demás. Al dejar vacío el lugar de esta demanda fundamental, el populismo emula al capitalismo financiero: las demandas podrían atenderse no porque luchemos directamente por ellas, sino porque luchamos por la obtención de dinero como equivalente de todas las demandas.

Lo mismo ocurre con el populismo, pero donde el capitalismo financiero habla de dinero, el populismo habla de «pueblo». Las demandas sociales son infinitas, sí, pero es posible construir una realidad que «ofrezca la clave equivalencial de que, de atender a ésta, se pueden atender todas» (Villacañas, 2015: 62). A partir de demandas heterogéneas y por medio de la producción de estas equivalencias, se formará un colectivo que posea una demanda homogénea (la emancipación del pueblo) que resuma las demás. Como aclaran Cantamutto y Groscors (2015), el populismo actúa como «reconfigurador» de grupos sociales: gente con una demanda *a* se unirá con gente con una demanda *b* no por sus demandas *a* y *b*, sino por su equivalente *Z*; porque, aunque nadie sabe cuál es el verdadero sentido de *Z*, todos comprenden que *Z* implica tanto *a* como *b*, *c* y *d*.

### ***3.3.2.- Hacia una hecatombe institucional: crisis orgánica y triunfo del populismo***

Existen, pues, infinitas demandas en una sociedad. Cuando el Estado funciona, estas demandas responderán a la articulación interna de las instituciones del Estado (Villacañas, 2015). En otras palabras, el Estado es un conglomerado de instituciones diferenciadas que responden a demandas particularizadas; según vayan surgiendo demandas nuevas, se crearán instituciones que las atiendan en su especificidad. Ahora bien, como también se ha apuntado, cuando existe una sociedad nacional bien construida institucionalmente, resulta complicado que triunfe el populismo. En realidad, lo que resulta complicado es que estalle la crisis orgánica de la que parte el populismo.

Laclau (2005: 238) lo explica de la siguiente manera: «Cuando tenemos una sociedad altamente institucionalizada, la lógica equivalencial tiene menos terreno para operar y, como resultado, la teórica populista se convierte en mercancía carente de toda profundidad hegemónica». Lo que Laclau quiere decir es que, si una sociedad posee instituciones bien ordenadas y diferenciadas, logrará atender una parte sustancial de esas demandas y, por tanto, evitará que las demandas insatisfechas se simplifiquen en una demanda general o «equivalente». En otras palabras, una sociedad altamente

institucionalizada impedirá el estallido de una crisis orgánica y, con ella, la emergencia hegemónica del populismo. Como aclara Villacañas (2015), si hay una demanda en educación, se activará una respuesta por parte de la institución educativa; si hay una demanda en materia económica, se activará la institución correspondiente. Y así con todas las demandas que pudieran surgir.

¿Cuándo puede triunfar, entonces, el populismo? Laclau (2005), de nuevo, ofrece la respuesta: cuando la demanda se transforma en reclamo, algo que puede ocurrir por dos motivos: 1) porque la sociedad esté poco diferenciada institucionalmente y, por tanto, no existan instituciones especializadas para responder a las demandas de educación, de sanidad, de ocio, de justicia, de cultura o de seguridad, o 2) porque estas instituciones existen, pero no responden a las demandas populares por algún tipo de desfase (escasez de recursos, altas expectativas, manejo oligárquico de las instituciones). Cuando se da esta situación, las demandas ya no pueden responderse de forma diferencial, se acumulan demandas insatisfechas y se levanta un abismo entre la población y el sistema institucional (Retamozo, 2009). Si, además, todo esto coincide con una crisis económica, estallará la mencionada crisis orgánica.

Es en ese momento cuando las demandas que debían atenderse, ahora insatisfechas, constituyen reclamos o exigencias populares, a través de los cuales el ideal de pueblo se va formando. Los reclamos son demandas muy diferentes unificadas en torno a una idea común: la insatisfacción con las instituciones (Retamozo, 2017). Así, igual que el dinero atendía equivalencialmente todas las demandas desde la perspectiva del capitalismo financiero, aquí también se buscará un valor que atienda todas las demandas políticas unificadas en los reclamos: el pueblo.

Profundicemos en este planteamiento. Laclau (2005: 107) parte de la premisa de que «el institucionalismo hace coincidir los límites de la formación discursiva con los límites de la comunidad». Lo que subyace a esta frase es que, si una sociedad posee una estructura institucional muy fuerte, las demandas existentes estarán directamente condicionadas por los límites de lo que se puede atender desde las instituciones; es decir, la sociedad solo demandará lo que se le puede ofrecer y nunca dejará de ser atendida por el entramado institucional. Se trataría de una sociedad en la que nadie se sentiría excluido: pocos tendrían demandas que no pudieran ser atendidas, luego la gran mayoría se sentiría parte del entramado institucional y apostaría por la democracia representativa.

En estas condiciones, la irrupción del populismo resulta inverosímil (Errejón, 2015). Se necesita la situación opuesta: una crisis institucional orgánica en la que muchas demandas sociales queden sin su correspondiente institución que las atienda y en la que surjan reclamos populares. Una crisis orgánica que supondría una situación de *anomia radical* donde se cuestiona el propio fundamento de todos los órdenes institucionales (Gramsci, 1975). Entonces, cuando estas instituciones, ahora vistas como reductos oligárquicos, ya no convencen a la gente, aparece el populismo no para restablecer la confianza en las instituciones que han dejado de convencer a la gente, sino para refundarlas, para construir un orden nuevo.

Y es que, sostiene Laclau (2005: 116), «cuando la gente se enfrenta a una situación de anomia radical, la necesidad de alguna clase de orden se vuelve más importante que el orden óptico que permite superarla». Lo que Laclau argumenta es que, cuando el desencanto de la gente con las instituciones es tan radical, el objetivo ya no es reconstruir una institución u otra, sino crear un nuevo orden; no se trata de mejorar las instituciones, su eficacia o sus burócratas, sino de movilizar a todos los que se sienten excluidos de las instituciones para construir un nuevo orden institucional. Cuando se da esta situación, el populismo triunfa no por casualidad, sino porque –gracias a su carácter antagónico contra la elite y a su facilidad para crear fuertes identidades colectivas en torno a la idea de «pueblo» como reclamo equivalencial– encarna a la perfección la aspiración de la gente de construir –y no intervenir– un nuevo orden institucional (Mouffe, 1999).

### **3.4.- ¿Por qué de izquierdas? La importancia del «pueblo» y del factor económico**

Que la erupción de una crisis orgánica conduce al éxito del proyecto populista parece claro; ahora, el camino hacia esa crisis, la insatisfacción ciudadana y la destrucción de las instituciones puede iniciarse en muchos sitios y está abierto a la contingencia histórica. Con todo, cualquier crisis orgánica comparte con el resto un denominador común de naturaleza económica. O bien la propia crisis es el resultado de una hecatombe económica que hace temblar los cimientos institucionales de un país, o bien la crisis económica funciona como un jarabe de realidad que destapa la existencia de crisis más profundas imperceptibles en tiempos de bonanza (Hernández y Kriesi, 2016). Y aquí entra en juego lo que se examinó antes sobre la naturaleza del populismo de izquierdas, a saber, que posee un marcado carácter socioeconómico y que, por tanto, emergerá con mayor facilidad en aquellos países sacudidos por la desigualdad y la pobreza; países, en suma,

poseedores de una débil institucionalidad y donde el catalizador de la crisis orgánica es una crisis de carácter eminentemente económico (Mudde y Kaltwasser, 2013).

Dicho de otra manera, en aquellos países con un gran nivel de desarrollo económico (y generalmente instituciones sólidas), será difícil que estallen crisis orgánicas en tanto que el vector del descontento viene más dado por cuestiones socioculturales que por razones económicas (Wodak et al., 2013). Los problemas económicos –si existieran– no provocarán el hundimiento del país, sino su estancamiento y una marcada diferenciación ideológica entre sus ciudadanos. Se trata del caldo de cultivo perfecto no para que caigan las instituciones, sino para que florezca el populismo de derechas. En otras palabras, las crisis orgánicas, por su naturaleza económica, solo estallarán en los países con agudos problemas económicos de desigualdad y/o pobreza, y, dado que el populismo adopta su versión izquierdista cuando se ha de responder a estos problemas, deducimos que será este tipo de populismo el que resultará de una crisis orgánica y el que, por ende, triunfará en esta clase de países.

Cabe realizar un último apunte. Sabemos que, para que la crisis orgánica estalle, las diferentes demandas de la sociedad deben ser llevadas a una sola en la que mucha gente converja; una convergencia metafórica, pues no se trata de que esa demanda común resuelva todas las demás, sino de que las represente metafóricamente (Villacañas, 2015). Lo que habrá de común en demandas tan heterogéneas será el convencimiento de que el entramado institucional, en su totalidad, no está diseñado para la totalidad de la población, sino para el beneficio de los que administran estas instituciones, lo que genera –en palabras de Villacañas (2015)– dos *kosmoi* sociales invariables.

Estos dos *kosmoi* son, por un lado, el de aquellos que se hallan instalados en las instituciones, las utilizan en exclusividad, se aprovechan de ellas y gozan de sus privilegios, y, por otro, el de los excluidos, el de todos los que no copan las instituciones y cuyas demandas están desatendidas (Matta, 1991). La idea de fondo es que tras las instituciones solo hay casta; la gente está fuera de las instituciones, y todo lo que está fuera de las instituciones forma la «gente». Aquellos que eran solo grupos con demandas equivalentes insatisfechas forman una totalidad, y la forman porque todos ellos están incluidos en la totalidad, en ese segundo *kosmoi*. Solo las oligarquías institucionalistas quedan fuera. Han reunido todas sus demandas en una sola con la que pueden atender las demás: ser pueblo (Villacañas, 2017). Todo lo que no son las elites contra las elites. Y es

por ello que el populismo que emergerá para orquestar este descontento en una crisis orgánica tenderá a adoptar un cariz izquierdista, pues es el populismo de izquierdas la variante que mejor encarna esa lucha diádica entre las elites corruptas y la totalidad de un pueblo en el que se incluyen todo tipo de grupos desfavorecidos.

Bien es cierto que el «pueblo» es como una *Gestalt*: cada uno ve en él lo que desea (Villacañas, 2015), pero, al asumir la representación de la totalidad popular frente a las elites, resulta más sencillo apelar a un pueblo inclusivo del que forman parte todos los grupos y, en especial, los más excluidos por las elites, que a un pueblo excluyente en el que ni siquiera todos los excluidos están integrados. En otras palabras, en el proceso de configuración del «pueblo» en una crisis orgánica, el populismo de izquierdas se adapta mejor a las necesidades que emanan de la lógica de formación de identidades colectivas.

Dicho esto, el presente trabajo parte con una hipótesis principal, a saber, que la condición para el éxito del populismo de izquierdas es el estallido de una crisis orgánica. Así, el objetivo de este estudio es probar si, en efecto, la debilidad institucional favorece la llegada al poder de gobiernos populistas de izquierdas. De este propósito esencial emanan otros no menos relevantes: 1) evidenciar, no sin tener en cuenta las particularidades propias de cada caso, la importancia del componente económico para el estallido de una crisis orgánica; 2) corroborar que la pérdida de confianza en las instituciones no es casual en el espacio y tiempo estudiados, sino correlativa a la desesperación social que se deriva de una profunda recesión económica; 3) comprobar que el discurso populista de izquierdas compone el marco de reordenación política más efectivo para sacar rédito de una crisis orgánica: su cariz socioeconómico le permite articularse sobre el angustioso panorama que deja una profunda crisis económica, mientras que su concepción antagónica de la sociedad y su lógica equivalencial para reunir de forma inclusiva a una heterogeneidad de actores dentro de una comunidad homogénea resultan decisivos para capitalizar el rechazo generalizado a las instituciones. Una última hipótesis se desprendería en caso de probarse todo lo anterior, a saber, que populismo de izquierdas tiene poco recorrido en los países institucionalmente fuertes.

Aunque este trabajo no se ocupa de los factores que explican el triunfo del populismo de derechas, sí plantea que este tipo de populismo necesita unas condiciones diferentes para desarrollarse. Así, si partimos de la hipótesis de que el populismo de izquierdas tiene una mejor acogida en países con elevados niveles de desigualdad y



pobreza que redundan en la deslegitimación de las instituciones «responsables» de esa situación, el populismo de derechas tenderá a triunfar en países institucionalmente estables donde la contienda política se libra en torno a las cuestiones socioculturales y postmaterialistas, y donde el clivaje económico tiene menos importancia.

Al establecer una diferenciación no solo entre dos tipos de populismo, sino también entre las condiciones que explican su éxito, el último objetivo de este trabajo es reabrir el debate sobre la forma más adecuada de categorizar los populismos. Superando la confusión conceptual y el aislamiento regional de estudios previos, el presente trabajo da cuenta de las ventajas de utilizar la clasificación izquierda vs derecha como marco analítico más adecuado en el estudio (interregional) de los populismos.

#### **4.- METODOLOGÍA**

La realización del presente trabajo ha requerido de una exhaustiva labor de rastreo a través de la vasta literatura existente sobre el populismo. En este sentido, han cobrado especial importancia los trabajos que versan sobre la distinción ideológica de los populismos (Otjes y Louwerse, 2015; March, 2017), así como aquellos que se preocupan por los factores explicativos de la emergencia de este fenómeno (Laclau, 2005; Villacañas, 2015). Dicho esto, antes de comenzar con el análisis, merece la pena comentar la lógica seguida para seleccionar nuestros dos casos, así como los períodos examinados y los aspectos considerados para llegar las conclusiones que se esgrimen de este trabajo.

Nuestra postura metodológica se basa en el análisis de dos casos prototípicos con el objetivo de ofrecer algunas conclusiones tentativas que, en cualquier caso, deberían ser probadas en estudios futuros que analicen un mayor número de casos y variables. Con esta advertencia en mente, se toman los casos de Venezuela y Grecia como dos modelos que representan un buen punto de partida para emprender una comparación interregional de los factores que explican el éxito de los populismos de izquierdas contemporáneos. Se asume, por tanto, que ambos casos constituyen un fiel reflejo del populismo de izquierdas de acuerdo con los rasgos explorados en el marco teórico: la Venezuela de Chávez generalmente se presenta como el caso paradigmático (Cannon, 2013a); respecto a la Grecia de Syriza, también parece haber consenso respecto a la convergencia de este movimiento con los rasgos esenciales del populismo de izquierdas durante el período estudiado –en ningún caso se realizan valoraciones al respecto fuera de la franja temporal determinada más abajo– (Stavrakakis y Katsambekis, 2014).

Respecto a la selección de los casos, cabe resaltar otros dos aspectos. Primero, se han tomado dos casos en los que las fuerzas populistas han triunfado, entendiendo por ello que han alcanzado el gobierno a través de unas elecciones democráticas. Segundo, el carácter interregional de la selección no es trivial, sino que da cuenta de un intento por incidir en el factor ideológico de los populismos, y no tanto en el geográfico. Así, de confirmarse la tesis, observaríamos patrones similares en el éxito de este tipo de populismo a ambos lados del Atlántico, reforzando el carácter ventajoso de clasificar los populismos de acuerdo a su cariz ideológico. Las categorizaciones geográficas, de hecho, podrían dar lugar a algún malentendido, en tanto que es posible identificar populismos de derechas en la región latinoamericana y populismos de izquierdas en una Europa a menudo vinculada con la vertiente nativista de derechas.

En cuanto a los períodos estudiados, el criterio de selección viene dado por los años que preceden inmediatamente a la victoria electoral de las opciones populistas, años caracterizados por una situación de crisis e inestabilidad económica y, de confirmarse la tesis, también política e institucional. Así, para el caso venezolano, la franja temporal examinada es la década de los 90, que desemboca en el triunfo de Chávez en diciembre de 1998. Una década marcada por la recesión económica y el agotamiento del sistema puntofijista imperante desde 1958. Mientras, para el caso griego, el período analizado se extiende desde 2008, año en que comienza la crisis financiera, hasta enero de 2015, momento en que Syriza gana las elecciones generales. Se trata de uno de los períodos más turbulentos en la historia griega reciente, con un país amenazado por una deuda rampante, la opción de ser rescatado y unas políticas de austeridad sin ninguna aceptación social.

Por último, en lo concerniente al modo de probar nuestra tesis, tres serán los aspectos estudiados para tratar de dilucidar si, en efecto, el triunfo populista de Chávez y Tsipras viene precedido de una crisis orgánica. En primer lugar, la coyuntura económica del país. Se ha sugerido que las crisis orgánicas emergen donde las instituciones son incapaces de responder a las demandas populares, y esto tiende a ocurrir cuando la situación económica por la que atraviesa el país es desfavorable. Por ello, y dado el carácter socioeconómico del populismo de izquierdas, la primera sección estudiará cuán adversa es la coyuntura económica del país, operacionalizando esta cuestión fundamental-, aunque no exclusivamente, en los niveles de crecimiento real del PIB, de desempleo, de (riesgo de) pobreza, o de desigualdad con arreglo al coeficiente Gini.

En segundo lugar, la relación de los ciudadanos con el sistema imperante y la potencial materialización de la crisis orgánica. Esta segunda sección contemplará el tipo de desfase que genera ese abismo entre el pueblo y las instituciones, y tendrá en cuenta la reacción ciudadana a la incapacidad del Estado para satisfacer sus demandas, algo que quedará operacionalizado en dos elementos. Por un lado, en el nivel de confianza de los ciudadanos en las instituciones públicas, una variable objetivamente medible por medio de las encuestas del Latinobarómetro y el Eurobarómetro. Por otro, en el efecto de esa desconfianza en la esfera pública y en el sistema de partidos: agotamiento del sistema institucional y hundimiento de los partidos tradicionales medido en porcentaje de votos.

En tercer lugar, el discurso emitido por Chávez y Syriza para sacar partido de la crisis. Utilizando el discurso como dato empírico, este apartado estudiará de qué manera el populismo de izquierdas se hace visible en los discursos que sacan rédito de las crisis orgánicas, reflejando que la dicotomización del espacio político entre unas elites corruptas y un pueblo inclusivo supone un auténtico caudal de votos para una población económicamente damnificada e insatisfecha con su Estado.

## **5.- ANÁLISIS**

### **5.1.- Venezuela: crisis orgánica como colofón al agotamiento del orden de Punto Fijo**

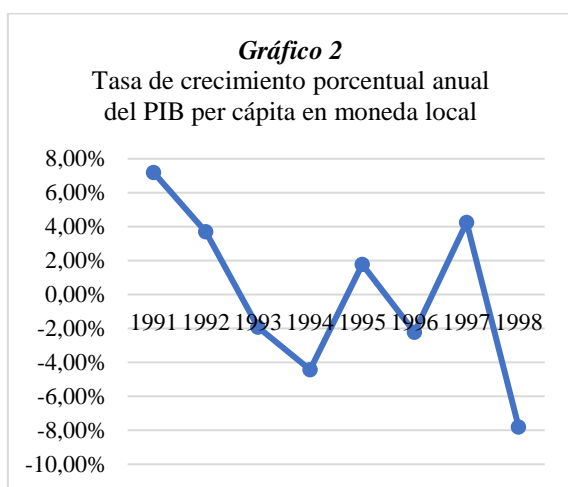
El 6 de diciembre de 1998, los venezolanos eligieron nuevo presidente a Hugo Chávez Frías. Su elección no solo marcaba el triunfo del populismo de izquierdas en uno de los países latinoamericanos otrora más estables, sino también el fin del acuerdo político entre elites que había estado en vigor en el país durante los últimos 40 años, garantizando la alternancia en el poder del centroizquierdista Acción Democrática (AD) y el derechista COPEI. ¿Qué terminó con un acuerdo que se presumía tan estable? ¿Cuál fue el caldo de cultivo que propició el triunfo del populismo de izquierdas encarnado por Chávez?

#### ***5.1.1.- Coyuntura económica: una evolución regresiva hacia el agotamiento popular***

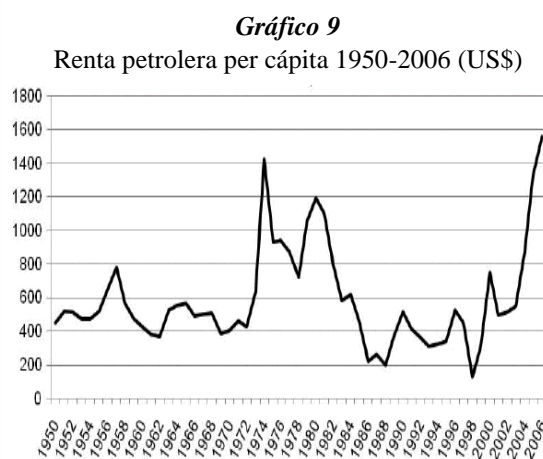
A finales de la década de los 80, Venezuela se encontraba inmersa en una situación económicamente crítica. En 1989, el país afrontaba la bancarrota; la deuda pública externa alcanzaba los 26.700 millones de dólares; las reservas internacionales no superaban los 7.080 millones de dólares; y la OPEP imponía cuotas de producción a sus miembros (Zurita, 2001). El déficit fiscal rondaba los 75 mil millones de bolívares, y hasta el Fondo de Inversiones de Venezuela tenía una deuda de 6.644 millones de bolívares (Banco Central de Venezuela, 1990). Para mayor inri, en 1989, el presidente

Carlos Andrés Pérez se ve obligado a implementar las medidas de ajuste acordadas con el FMI a cambio de un crédito para gestionar la deuda externa. Se trataba del «paquetazo», que incluía subidas de impuestos, recortes de las prestaciones sociales y la privatización de empresas públicas (Zurita, 2001). El resultado es una década caracterizada por un declive económico progresivo que conforma el caldo de cultivo idóneo para la pérdida de confianza en unas instituciones incapaces de mantener el nivel de vida de sus ciudadanos. Analicemos, pues, algunos de los indicadores más relevantes de este proceso regresivo.

Si atendemos al crecimiento porcentual anual del PIB per cápita para medir las variaciones en el desarrollo económico venezolano, observamos que, salvo dos repuntes puntuales, el crecimiento del PIB per cápita tendió a disminuir a lo largo de la década, hasta el punto de mostrar una tendencia negativa durante gran parte de la misma, y especialmente pronunciada en su recta final (véase Gráfico 2). Este dato se torna más revelador al observarlo en conjunto con aquellos que miden la evolución de la desigualdad y la pobreza, facilitadores de la dicotomización del espacio político entre buenos y malos.



Fuente: Elaboración propia, con Banco Mundial (2019)



Fuente: Baptista (2007)

La desigualdad en la Venezuela de los años 90 también sigue una dinámica regresiva. Y es que, aunque el país había sido uno de los menos desiguales de América Latina en épocas anteriores, la desigualdad comienza a dispararse a inicios de los 90 (Peiró, 2003). Así lo revelan las mediciones del coeficiente Gini, que denotan un crecimiento de la desigualdad de casi 8 puntos en el período comprendido entre 1992 y 1998 (véase Gráfico 3 en Anexo I). Entre los factores que explican este crecimiento, destaca la influencia de los niveles de desempleo. Y es que el valor de éstos se incrementó desde cifras próximas al 5% a finales de los 80 hasta casi un 15% en el momento en que

Chávez asciende al poder (véase Tabla 1 en Anexo II). A esto hay que añadir el aumento del empleo informal, lo que dificultaba la consecución de ocupaciones remuneradas e incrementaba la desigualdad de ingreso laboral (véase Gráfico 4 en Anexo I).

Junto a la desigualdad, la pobreza se erigió en el otro gran quebradero de cabeza para los venezolanos. Y es que ésta experimentó un alarmante incremento fruto del persistente descenso de los salarios promedio, la productividad laboral y el PIB per cápita (Soto, 2014). Así, el porcentaje de población pobre se duplicó cada década entre 1980 y 2000: era del 7% en 1980, del 15,1% en 1992 y del 30% a finales de los 90 (véase Gráfico 5 en Anexo I y Tabla 2 en Anexo II). Es más, de acuerdo con Freije (2008: 96), la pobreza no aumentó en un segmento poblacional particular, sino que lo hizo en todos ellos; por eso, el descenso del ingreso se torna en un factor esencial para explicar este repunte, aunque tampoco se han obviar otros elementos como el aumento de la desigualdad salarial. Nótese cómo el avance de la pobreza se ve acompañado por el descenso del salario real por hora y de la remuneración total al trabajo per cápita, variables que alcanzan mínimos en 1996, a las puertas de la victoria de Chávez, cuando el descontento popular rozaba cotas otrora insospechadas (véase Gráfico 6 en Anexo I).

A todo esto se pueden sumar otros factores, como los elevados niveles de inflación y la subsecuente disminución del poder adquisitivo de los venezolanos (véanse Gráficos 7 y 8 en Anexo I). No obstante, hay un último elemento que requiere nuestra atención: los precios petroleros. Y es que, en 1998, tuvo lugar un descalabro económico y fiscal causado por el abrupto descenso de los precios petroleros en el mercado internacional (Maya, 2008). La renta petrolera cayó a su nivel más bajo en 50 años (véase Gráfico 9). Se trataba de la gota que colmaba el vaso: el bolivarianismo chavista se disponía a llegar al poder galopando sobre una economía estancada, una población empobrecida, la informalización de la población activa, y unas elevadas tasas de desempleo que minaron las bases del orden democrático construido desde 1958 (Cannon, 2013b).

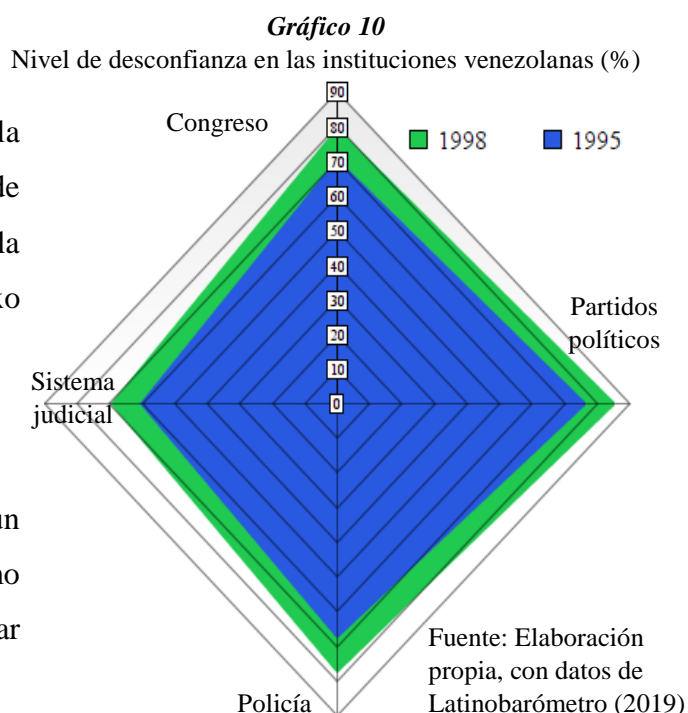
### ***5.1.2.- El sendero hacia la crisis orgánica: pérdida de confianza en las instituciones e implosión del sistema de Punto Fijo***

La dramática coyuntura económica de los 90 generó una escasez de recursos que impidió a las instituciones públicas responder a las demandas populares, fortaleciendo la sensación de que las oligarquías habían cooptado las instituciones. El aparato del Estado carecía del capital necesario para lanzar programas públicos de desarrollo económico,

controlar la progresiva pérdida de poder adquisitivo de los venezolanos o mantener el nivel de subsidios y ayudas públicas para garantizar la dignidad en los casos más críticos; del mismo modo, la renta petrolera, que en otro tiempo podría haber funcionado como parche, se hundía al tiempo que configuraba un Estado «incapaz» (Leone, 2000). Se abría, así, una distancia insalvable entre el pueblo venezolano y sus instituciones que redundaría en la negación del orden imperante, dando pie no solo al estallido de una crisis orgánica, sino también al potencial éxito del populismo de izquierdas. El descontento ciudadano queda reflejado, al menos, en dos aspectos: 1) la pérdida de confianza en las instituciones, y 2) el rechazo frontal al sistema de Punto Fijo. Analicemos ambas cuestiones.

Para examinar la confianza de los venezolanos en las instituciones del Estado, acudimos a los datos recabados por el Latinobarómetro, que mide el grado de confianza respecto a cuatro instituciones: la policía, el poder judicial, el congreso y los partidos políticos. Si se repara en la situación reinante en 1998, se percibe un rechazo casi total del pueblo a sus instituciones, lo que parece traducirse en la llegada de Chávez al Palacio de Miraflores. Más del 76% de los venezolanos no confiaba en la policía; más del 68% mostraba «poca» o «ninguna» confianza en las instituciones dependientes del poder judicial; más del 78% manifestaba su desconfianza respecto al congreso; y casi el 85% de la población desconfiaba de los partidos políticos, con un 57% que aseguraba no tener «ninguna» confianza en ellos (véase Gráfico 10). Los venezolanos no parecían reclamar un cambio de nombres en un sistema del que desconfiaban, sino su profunda refundación.

Aún más reveladores se hacen estos datos al observar la prevalencia de una misma dinámica general en la evolución de los niveles de confianza de todas las instituciones a lo largo de la década (véanse Tablas 3, 4, 5 y 6 en Anexo II). Y es que, como también refleja el Gráfico 10, la desconfianza en 1998 es mayor que la de 1995 para todas las instituciones, lo que da cuenta de un hartazgo reiterado y agudizado, así como de la incapacidad del sistema para renovar su reputación.



La pérdida de confianza en las instituciones y en los partidos políticos nos lleva a una segunda cuestión: cómo se materializa la crisis orgánica en el rechazo al sistema de Punto Fijo. Polanco y Maingon (2003) ya advertían que este sistema se caracterizaba por una cierta exclusión, la limitación de canales de participación desde la sociedad hacia el Estado, la excesiva concentración del poder e incluso el autoritarismo bipartidista. Durante los años de bonanza económica, tales tensiones quedaron resueltas dado el grado de bienestar del que gozaba la sociedad. Cuando pobreza y desigualdad repuntaron, sin embargo, se produce un resquebrajamiento de las lealtades al sistema, evidente en la quiebra del apoyo de los ciudadanos a las gestiones de los gobiernos y los propios partidos (Leone, 2006). La complicada coyuntura económica funciona, pues, como un jarabe de realidad para el sistema: pone al descubierto la disfunción y el desajuste institucional del país, donde resalta la responsabilidad de los partidos en lo concerniente al vaciamiento del contenido político de la representación y canalización de intereses, expectativas y demandas de una ciudadanía que clama mejores niveles de vida (Leone, 2002).

En otras palabras, el Gobierno y los partidos se distancian de la sociedad, dejando de representar los intereses de los votantes y de ofrecer respuestas a las demandas de los ciudadanos sobre su seguridad material. Tal y como señala Jiménez (2002), el resultado no es otro que el aislamiento de los partidos respecto de sus bases, el debilitamiento de la identificación partidista, y el vaciamiento ideológico y la pragmatización de la actividad política. Y, a su vez, todo ello redundaba en un contundente realineamiento del voto. Si bien hasta la década de los 90 el binomio AD-COPEI había aglutinado en torno al 80% y 90% del voto en las elecciones parlamentarias y presidenciales, respectivamente, a partir de esta década el porcentaje de voto de estas dos formaciones no supera el 20% y 40%, respectivamente (véase Tablas 7 y 8 en Anexo II).

De esta manera, el régimen de Punto Fijo sufre un proceso de desconsolidación, descomposición o, en palabras de Maingon (2004), de «desinstitucionalización», con la pérdida de partidos fuertes, estables y vinculados con la población. La insatisfacción de demandas deviene en la gramsciana anomia radical, donde los venezolanos cuestionan el propio fundamento del orden establecido en Punto Fijo. Y, puesto que en ese momento las instituciones y los partidos son percibidos como bastiones de la oligarquía, los venezolanos pierden toda fe en el principio mismo de alternancia democrática (Leone, 2002). Así, al producirse la congestión institucional y el declive de los partidos tradicionales, la población busca algo nuevo y es entonces cuando irrumpe Chávez, que

se presenta como «edificador de canales alternos de organización de la participación y del ejercicio en el poder, ocupando así los espacios que dejaron abandonados y descuidados los partidos tradicionales» (Maingon y Sonntag, 1998).

En este punto triunfa el populismo chavista. El cuestionamiento y rechazo de las formas políticas tradicionales, unido al agravamiento de la coyuntura económica, conforman la situación idónea para que Hugo Chávez incursione en la política y sea legitimado por gran parte del colectivo desencantado con las elites (Castro, 2010). La misión de Chávez no es restablecer la confianza en las instituciones que han dejado de convencer a la gente, sino construir un orden nuevo. Así, triunfa el populismo ante el objetivo de reconstruir la política en campos antagónicos y prescindir de la intermediación de los partidos de Punto Fijo; y triunfa el populismo de izquierdas al configurar una identidad colectiva inclusiva donde se hallan todos los que no pertenecen a las elites, en especial los más desfavorecidos por la exclusión económica de las mismas.

### ***5.1.3.- Inclusión y antagonismo: un discurso inmanente al hundimiento de Punto Fijo***

A este análisis solo le queda examinar la manera en que el expresidente Chávez se vale del populismo de izquierdas para sacar partido de la crisis orgánica. Este apartado tratará de aproximarse a esa cuestión por medio del análisis de su discurso. En ese sentido, el elemento populista más característico que ha de considerarse en el discurso chavista es la noción de «pueblo». Y es que la convergencia metafórica de multitud de demandas diferentes en una sola, ser pueblo, es clave para el estallido de la crisis orgánica (Villacañas, 2017). Chávez, consciente de ello, se apropia desde el primer momento de este término, lo que no solo le permite configurar un «nosotros» basado en el descontento generalizado de la población y el deseo de cambio, sino también apartar de la idea de pueblo a todos aquellos que no comulgan con sus planteamientos:

Es fundamental que hagamos una transformación radical e integral del Estado y del sistema político venezolano. Lo haremos en democracia, no por la decisión de un autócrata o una cúpula, sino con la decisión soberana del **pueblo**. [...] Vean ustedes la alegría de ese **pueblo** que apuntala la revolución bolivariana, porque esta revolución es de ustedes, del **pueblo** venezolano. [...] Mi reconocimiento a aquellos que votaron en contra de nosotros, porque han reconocido la verdad, han reconocido la victoria del **pueblo** (citado en Erlich, 2005: 290).

En este ejemplo no solo se expulsa del pueblo a los que disienten del chavismo, los cuales han de reconocer la victoria «del propio pueblo», sino que también queda reflejado el desdén con que se trata a los adversarios. Para ellos, Chávez reserva la tercera



persona («aquellos»), la cual denota distanciamiento a la par que contiene un matiz despreciativo. Contrasta con su trato familiar con el «pueblo», al que asocia con su proyecto «bolivariano» en lo que supone la evocación del «Padre de la Patria» como mecanismo para enderezar el país hundido que le ha dejado el régimen saliente (Erich, 2005: 292). Así se percibe también en el siguiente extracto: «No hay cabida en Venezuela para ningún otro proyecto que no sea la revolución bolivariana. ¡Esta es la hora del pueblo bolivariano!» (Chávez, 1998, 2:23).

El punto de encuentro de un «pueblo» tan heterogéneo es el convencimiento de que el entramado institucional está diseñado en perjuicio de la población (Villacañas, 2015). Por ello, el discurso de Chávez no puede comprenderse si no se repara en el bando antagónico al pueblo que resulta de la escisión del campo social: las oligarquías punto-fijistas que copaban las instituciones. A ellas se les acusará de corrupción, de traicionar el mandato popular y el sueño bolivariano, y de causar todos los males de la nación:

Los que en Venezuela produjeron este desastre no son los que están pasando hambre, ni son los desempleados, los buhoneros, los desdentados, los indios. Fueron las cúpulas podridas de la nación, que tienen mucho poder porque se lo arrebataron al pueblo. [...] Esos oligarcas corruptos han aplicado los modelos neoliberales, y el único resultado ha sido un 80% de pobreza (Chávez, 2000a: 5).

Asimismo, en contraposición con la cercanía con la que se dirige a los trabajadores (miembros del pueblo), resulta revelador el empleo despectivo de términos como «esos» o «elite» –reforzados en ocasiones con el calificativo «antinacional»– para referirse a los grandes ejecutivos, a los que niega la condición misma de trabajadores:

De aquí les mando un saludo revolucionario a los verdaderos trabajadores de PDVSA, que no son esos que están ahí en la elite de PDVSA, ¿no? No son los que están ahí generando estas acciones de desestabilización que quieren parar la industria, ¿no? No se van a dejar manipular por esta elite antinacional que vino destrozando la empresa y querían privatizarla (citado en Erlich, 2005: 295).

Por último, ¿dónde queda reflejado el cariz izquierdista del discurso de Chávez? Una primera respuesta tendría en cuenta su afán por incluir una heterogénea pléyade de grupos dentro de la totalidad del pueblo. Y es que la inclusión de todos los grupos ajenos a las «elites» en la idea de «pueblo» parece la mejor manera de representar la lucha diádica contra dichas elites. Así, el discurso chavista reivindica la importancia y los derechos de sectores poblacionales históricamente marginados: jóvenes, ancianos, trabajadores, mujeres e indígenas, tratando de incluir a toda la población en el disfrute de los derechos económicos, sociales y culturales:

No tenemos equilibrio social. Hay demasiada pobreza, demasiado dolor en la calle, demasiados excluidos en la sociedad. Hay millones que en este mismo instante no saben qué van a cenar hoy o dónde van a dormir, y esos millones de seres humanos, muchos de los cuales son niños y ancianos, son parte de nuestro pueblo y tienen el mismo derecho que nosotros a vestir, a comer, a dormir bajo techo, a tener salud y vivir con dignidad. El mismo derecho (Chávez, 2000b: 9).

Pero no solo se trata de incluir todo lo que no es elite oligárquica. Aprovechando el cariz socioeconómico del populismo de izquierdas y de las crisis orgánicas, Chávez hace un esfuerzo particular por incluir a los grupos más vulnerables, a los más desfavorecidos y perjudicados por las crisis económicas de finales del siglo XX y por la ineficiente gestión de los gobiernos puntofijistas, incapaces de satisfacer sus demandas ante la implosión de la crisis orgánica. Así incluye Chávez a estos grupos en su discurso:

Me siento presidente de todos, y por todos pienso, y para todos es esta revolución, pero especialmente para ustedes, los pobres, los que estuvieron desprotegidos durante mucho tiempo y estuvieron marginados. Ese es el compromiso más grande que pueda tener en mi vida, porque sé, porque vibro, vibro con la pobreza. [...] El ser humano, dijo Cristo, debe ser el comienzo y el fin; el pueblo y, sobre todo, los más débiles y pobres son la orientación que guía no sólo mi accionar de cada día, sino también el de los diputados y gobernadores (Chávez, 2001: 27).

El caso venezolano parece mostrar, en definitiva, que el discurso populista de izquierdas no encuentra una situación más propicia para florecer que el estallido de una crisis orgánica. Chávez enarbola un discurso que ofrece freír las cabezas de unas elites envejecidas y corrompidas a un público opuesto al bipartidismo tradicional (Paramio, 2006). La clave de su consolidación no es otra que haber conseguido que toda esa heterogeneidad de grupos sociales vea en él a una figura que cuida de ellos frente a unos políticos tradicionales que no se preocupan por el pueblo. La consecución del 56,2% del voto en las elecciones de 1998 refuerza esta idea de que el apoyo obtenido por Chávez es transversal y no queda restringido a las clases populares.

## **5.2.- Grecia: de los confines del abismo a la capitalización del *aganaktismenoi***

Syriza nace en el año 2004 con el objetivo de reformular el perfil de la izquierda griega. La formación, sin embargo, permanece desconocida hasta 2012, cuando su extraordinario desempeño electoral y su llamativo discurso antiausteridad le dan una visibilidad sin precedentes en la esfera pública europea (Tsakatika y Elefteriou, 2013: 90). En un breve espacio de tiempo, el PASOK se derrumbó, Nueva Democracia tuvo que digerir serias derrotas, y Syriza despegó: pasó del 4,6% al 36,3% de los votos en 2015, lo que suponía un salto electoral único en la historia política de la Grecia moderna y una

contundente reestructuración del sistema de partidos. Así pues, ¿qué hay detrás del triunfo del populismo de izquierdas en el corazón histórico del continente más desarrollado del mundo? ¿Qué posibilita este éxito en un contexto geográfico tradicionalmente dominado por el populismo de derechas? Esta sección dibujará para Grecia un panorama similar al venezolano, sugiriendo que el triunfo del populismo de Tsipras podría explicarse por la excepcional situación de Grecia como único país del continente donde la desesperación ante la crisis financiera se torna en crisis orgánica.

### ***5.2.1.- El crack del 2008: un hundimiento sin parangón en la historia griega***

El primer aspecto que hay que considerar para valorar si Grecia padeció una crisis orgánica que alzase en el poder al populismo de Tsipras hace referencia a la prevalencia de una precaria coyuntura económica que impidiera a las instituciones ocuparse de las demandas populares. En este sentido, este apartado no proyecta un minucioso análisis sobre las causas y el desarrollo de la crisis de la deuda griega (véanse Gráficos 11, 12 y 13 en Anexo I para tener una visión panorámica de la evolución de la deuda y el déficit público), sino que, a la luz de dicha crisis y de las contraproducentes políticas de austeridad, contempla la regresión del bienestar socioeconómico de los griegos entre 2008 y 2015 a través de varios indicadores que dan cuenta de la pronunciada desesperación social que invade el país.

Comencemos aludiendo a los datos relativos al desarrollo económico. El crecimiento real del PIB se mantuvo en registros negativos seis años consecutivos desde 2008, rozando valores de decrecimiento de hasta un 10% (ver Gráfico 14 en Anexo I). Como también indica este gráfico, Grecia había sido una de las economías que más rápido crecía en el mundo desarrollado, con un ritmo promedio de crecimiento real de casi el 4% durante los 10 años anteriores a 2008 y un crecimiento real de la economía griega del 50% durante este mismo período. El receso devino, por tanto, en un clima de especial desencanto y resentimiento, pues la población estaba acostumbrada a unas de las ratios de crecimiento más favorables de todo el mundo, con un Estado capaz de responder solventemente todas sus demandas.

Las políticas de austeridad se concibieron con el objetivo de frenar esta dinámica. Sin embargo, solo parecían agudizar el malestar social ya generado por el descalabro macroeconómico. La desigualdad siempre se mantuvo en valores algo superiores a la media de la Unión Europea; no obstante, desde el estallido de la crisis en 2008, se dispara

exponencialmente hasta alcanzar un coeficiente Gini de 36,2, lo que supone un aumento de la desigualdad de casi 4 puntos con respecto a los valores de 2008 (véase Gráfico 15 en Anexo I). No es posible comprender tal incremento de la desigualdad sin considerar la evolución regresiva de los niveles de paro. Y es que la tasa de desempleo adopta una tendencia ascendente que le hace experimentar un repunte de más de 20 puntos porcentuales, desde un 7,8% en 2008 hasta un 27,9% en 2015, año en que Syriza alcanza el gobierno (véase Gráfico 16 en Anexo I). La situación se hace especialmente delicada entre los jóvenes: la tasa de desempleo juvenil llega a superar el 60% en este mismo período, lo que obligó a muchos a incorporarse a la economía informal; de hecho, hasta el año 2012, el 35% de los empleos se crearon en el sector informal, lo que, a su vez, contribuía a explicar caídas de hasta el 7,5% en las recaudaciones tributarias con respecto a años anteriores, una realidad que debilitaba la capacidad del Estado para responder las demandas de los propios ciudadanos (*Expansión*, 2012).

Si bien, como país desarrollado, Grecia no asumía tasas de pobreza comparables con las venezolanas, sí merece la pena detenerse en las tasas de riesgo de pobreza y exclusión social. Aunque el país heleno siempre había registrado peores estadísticas que las de sus semejantes europeos, la regresión de estas tasas no conoce precedentes en el contexto de una Europa desarrollada. El porcentaje de griegos en riesgo de pobreza asciende casi un 10% hasta situarse en el 36,1% de la población en 2015, una cifra notablemente superior a la alcanzada por los otros dos países con peor *ranking* en el mismo período, Italia (28,7%) y España (28,6%) [véase Gráfico 17 en Anexo I]. En este sentido, el informe del Instituto Heleno de Estadística pone de manifiesto que el riesgo de pobreza, aunque aumentó de forma particular entre los sectores más jóvenes, creció en todos los segmentos poblacionales (ELSTAT, 2017). Una de las variables que mejor explican este hecho es el decrecimiento del salario medio de los trabajadores, que disminuyó de los 33.423\$ anuales en 2009 hasta los 26.306\$ en 2015, una cifra inferior –y más si se tienen en cuenta las presiones inflacionistas– a los 27.682\$ anuales que cobraba de media un trabajador griego en el año 2001 (véase Gráfico 18 en Anexo I).

A todo esto hay que añadir que las quiebras de pequeños comerciantes alcanzaron un 25%; o que, en Atenas, el 17% de la población se refugiaba en la «economía del trueque» para satisfacer sus necesidades cotidianas, el 60% declaraba haber recortado sus presupuestos alimentarios, y el número de personas sin hogar en 2013 se había duplicado respecto a 2008 (Koutsogeorgopoulou et al., 2014). Aunque este trabajo no pretende

comparar la precaria situación económica de dos países que se encuentran en distintas fases de desarrollo, sí parece evidente que tanto Venezuela como Grecia experimentan un pronunciado retroceso económico durante los lapsos de tiempo examinados. El caso griego, además, posee la peculiaridad de que su economía crecía a un ritmo trepidante durante la época anterior a la recesión, lo cual desempeña un papel fundamental en la configuración de altas expectativas en la capacidad del Estado para resolver las demandas populares. La frustración de tales expectativas conformará un elemento clave para comprender el rechazo popular al orden «responsable» de dicha frustración.

### ***5.2.2.- Clientelismo, corrupción, altas expectativas y saqueamiento de las instituciones: cómo perder la fe en el Estado y cómo capitalizar la alternativa refundacional***

Recordemos que, para que emerja la crisis orgánica y las demandas particularizadas se tornen en un reclamo homogéneo, las instituciones del Estado deben quedar deslegitimadas al perder toda la confianza de los ciudadanos. Y esto se explica por algún tipo de desfase que impide a estas instituciones responder a las demandas del pueblo. Al igual que en Venezuela, el desfase más obvio en Grecia viene dado por la escasez de recursos públicos fruto de la crisis económica. Los gobiernos de Papandreu, Papadimos y Samaras no disponían de capital suficiente para reconducir la vulnerabilidad de la ciudadanía, y su compromiso con la UE les obligaba a aplicar programas de austeridad orientados a reducir los niveles de deuda, y no a mejorar las condiciones de vida de las grandes masas, lo que redundaba en el surgimiento de nuevas y más exigentes demandas que el Estado se veía incapaz de responder (Kouretas y Vlamis, 2010).

Pero, además de la escasez de recursos, existen otros dos desfases en el sistema institucional griego: uno de carácter endémico fruto de la naturaleza clientelista del Estado, el manejo «oligárquico» de las instituciones, y otro generalizado en el contexto europeo, las altas expectativas sobre el nivel de demandas que pueden responder las instituciones. Respecto a este último, Mudde (2016) recuerda que, aunque en términos objetivos se han beneficiado de la globalización, las grandes masas europeas se sienten perdedoras de este proceso en tanto cuanto no perciben dicho beneficio. Así, en Grecia, donde la crisis económica y la desigualdad golpean con fuerza, el rechazo a las instituciones europeístas y globalizadoras sobre las que tenían puestas sus esperanzas de una mejor vida es generalizado. Los años de crecimiento sostenido habían alimentado ciertas expectativas materiales y habían consolidado la confianza en las instituciones que las garantizaban. La recesión económica, sin embargo, frustra esas expectativas y

ensancha la brecha entre la renta disponible de estos ciudadanos y sus expectativas económicas, entre la oferta posible de las instituciones y las ansiadas demandas del pueblo (Mudde, 2016). Todo ello contribuye a explicar la indignación popular y la pérdida de confianza en el sistema que rentabiliza el populismo de izquierdas.

El otro desfase del sistema griego se refiere a la probada cooptación oligárquica y partidista de las instituciones públicas. Durante décadas, el *establishment* político estuvo basado en un sistema clientelista que recompensaba a sus valedores por medio de favores y subsidios estatales, y en el que los dos partidos en el poder, PASOK y Nueva Democracia, colmaban las instituciones con una extensa red de amigos e individuos afines al partido (Lyrantzis, 2011: 2-3). El resultado no fue otro que el sobredimensionamiento de la administración pública fruto de la contratación de un número excesivo de empleados públicos y de la creación de nuevas instituciones estatales que únicamente tenían como objetivo absorber el excedente de mano de obra entre los simpatizantes del sistema (Pappas, 2010). Este apoderamiento partidista del Estado en todos sus niveles, por un lado, impedía que las instituciones atendieran las demandas formuladas por las masas populares no afines al partido gobernante; por otro, coadyuvaba a la potenciación del «fenómeno de las expectativas», en tanto que los partidos acostumbraron a sus seguidores a disfrutar de todo tipo de favores públicos, generando en ellos unas expectativas de bienestar imposibles de satisfacer tras el estallido de la crisis.

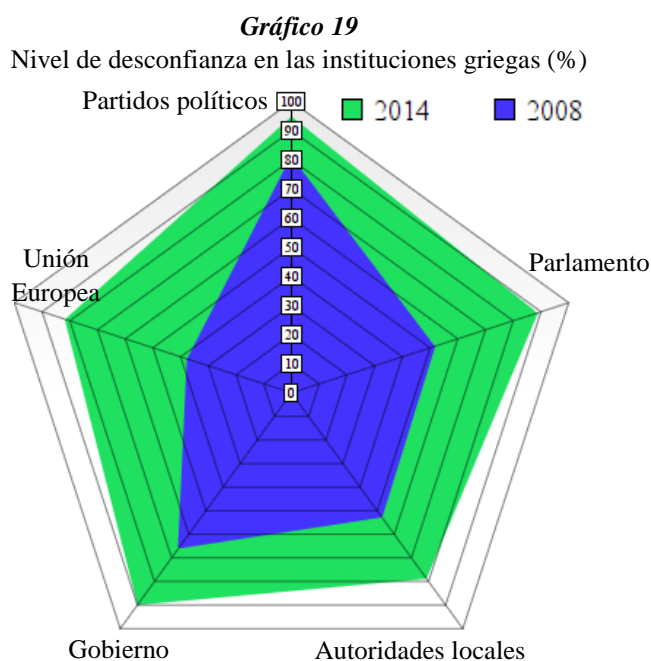
Además, el clientelismo desempeñó un papel fundamental en la agravación de la crisis económica. La corrupción generalizada que se deriva del Estado clientelar contribuyó a elevar los niveles de deuda, así como a perder competitividad y potencial de crecimiento. De hecho, le llegó a costar al país un 8% de su PIB, lo que llevó al propio Papandreu a referirse a Grecia como un «Estado corrupto» (Kazamias, 2018: 175). Tales eran las presiones corruptivas de los partidos que incluso los organismos estadísticos carecían de cualquier vestigio de independencia, lo que favorecía las ya famosas falsificaciones de datos sobre las finanzas públicas. Sirvan de ejemplo las sobreestimaciones de superávit de 2.800 millones de euros que calcularon los gobiernos anteriores al comienzo de la crisis en el ámbito de la Seguridad Social (Barber, 2010).

Estos desfases, en suma, al impedir que las instituciones respondiesen de forma solvente a las demandas populares, posibilitan la irrupción del populismo previo estallido de una crisis orgánica. Pero ¿cómo sabemos que Grecia se hallaba en una situación de tal

calibre? El indicador más representativo para averiguarlo es el nivel de confianza en las instituciones: cuanto menor sea éste, más próxima se encontrará Grecia a una crisis en la que sus ciudadanos reclaman una refundación del sistema. Así, tomando los datos del Eurobarómetro, este trabajo tiene en cuenta los niveles de confianza de los griegos en cuatro de las instituciones más representativas del Estado para las que contamos con datos suficientes (parlamento, poder ejecutivo, autoridades locales y partidos políticos), así como en la Unión Europea, considerada entidad determinante en la configuración del orden reinante debido a sus exigencias para que se apliquen los programas de austeridad.

Para todas las instituciones objeto de estudio, se percibe un notable incremento de la desconfianza en el período que se extiende desde marzo de 2008, antes del estallido de la crisis económica, hasta noviembre de 2014, en vísperas de la victoria de Syriza (véanse Tablas 9, 10, 11, 12 y 13 en Anexo II). Así, por ejemplo, el porcentaje de griegos que confiaban en el parlamento en 2008 rondaba el 49%, una cifra que disminuye hasta situarse en el 10% en 2014 (Eurobarómetro, 2019). Pero especialmente llamativo resulta el rechazo a la Unión Europea: en 2008, el 65% de los griegos mostraban su confianza en esta entidad; en 2014, era el 81% el que manifestaba su desconfianza hacia la UE, lo que convertía a Grecia en el Estado miembro más euroescéptico (Eurobarómetro, 2017: 19).

El Gráfico 19 refleja los niveles de desconfianza de la población griega en noviembre de 2014 y los compara con los correspondientes en marzo de 2008. Como se observa, casi la totalidad de la población, el 94%, tiende a desconfiar de los partidos políticos; casi el 90% muestra su desconfianza respecto al parlamento; casi el 80% dice desconfiar de las autoridades locales y regionales; un 90% ha dejado de confiar en el poder ejecutivo; y solo el 18% confía en la Unión Europea, una entidad que otrora gozaba de gran aceptación. Este aumento generalizado de la desconfianza parece dar cuenta de la apertura de un abismo entre el pueblo y sus instituciones, de un hartazgo definitivo con el sistema, del clamor por su refundación y, en definitiva, de una crisis orgánica.



Fuente: Elaboración propia, con datos del Eurobarómetro (2019)

Dicho esto, ¿cómo queda reflejada esta crisis y cómo saca partido de ella Syriza? En este contexto de quebrantamiento de las legitimidades, la población se moviliza, y esta movilización queda encarnada fundamentalmente en el «movimiento de las plazas» o *aganaktismenoi*, un movimiento masivo y heterogéneo con la consigna común de que el orden institucional que aplica las políticas austericidas de Bruselas ya no es capaz de ocuparse de los intereses de las grandes mayorías y, por lo tanto, debe ser reinstaurado (Katsambekis, 2014). En palabras de Kourembes, uno de los líderes de Syriza: «Esta vez la gente cambió el chip. Formamos un grupo muy heterogéneo, pero la gente se ha dado cuenta de que no hay salida posible con los políticos actuales. Si queremos sobrevivir, debemos optar por algo diferente» (Mason, 2015). Y es que, más allá de sus diferencias, a todos les unía un sentimiento de frustración y fatiga social contra el orden bipartidista.

Pero lo que realmente subyace al movimiento de los *aganaktismenoi* es una reordenación del espectro político en torno al tema de la austeridad. Las fuerzas políticas comenzaron a escindirse en dos grupos, las antimemorándum y las promemorándum, una dicotomía que llegó a sustituir la tradicional división entre izquierda y derecha, identificando al campo antimemorándum con las masas populares, y al promemorándum con las elites (Katsambekis, 2015: 169). En esta reordenación, Syriza se erigió en el único partido contrario a la firma del memorándum y, por tanto, en el único representante del mayoritario clamor de la sociedad en contra de la austeridad. El posicionamiento de los principales partidos a favor de la opción «promemorándum» impulsó una dinámica de desidentificación de los votantes con los partidos tradicionales, generando un grupo de «sujetos flotantes» a los que solo Syriza podía apelar (Katsambekis, 2015: 170). Además, las demás formaciones antisistema ya habían perdido su capacidad de movilización: el Partido Comunista (KKE) se había mostrado hostil al movimiento de los *aganaktismenoi* y parecía demasiado anclado en sus viejos postulados como para realizar cambios significativos; la facción derechista LAOS había defendido la aplicación de las políticas de austeridad, quedando desfigurada ante una sociedad que reclamaba lo contrario.

Así pues, una nueva «mayoría social» parecía tomar forma, y Syriza se presentaba como la única formación capaz de representar y capitalizar esa nueva ola popular de los *aganaktismenoi*, de oposición sistemática a los memorándums, al bipartidismo, a la troika y al neoliberalismo (Tsipras, 2011). Por ello, articula un programa que rompe radicalmente con las políticas fiscales restrictivas de los gobiernos anteriores, impulsando medidas neokeynesianas y socialdemócratas que suponían la ruptura con el memorándum



y la austeridad, así como la renegociación de la deuda sin «costo social» (Syriza, 2011). Un programa, en suma, que abrazaba las demandas de los movimientos populares. Con unas instituciones muy debilitadas, el nuevo programa de Syriza constituye la simplificación práctica de todas las demandas en un reclamo único: la defensa del pueblo frente a la partidocracia oligárquica. La lógica equivalencial había triunfado, y la crisis orgánica da paso al triunfo de Syriza al inicio de 2015. Con un porcentaje de apoyo del 36,3%, el resultado de las elecciones refleja el voto de una nación que se defiende contra la penuria social de la política de austeridad impuesta por las elites; el sentido del voto no se presta a especulaciones: la población apoya de forma transversal la propuesta de Syriza al tiempo que rechaza la prosecución de un modelo cuyo fracaso ya ha experimentado.

### ***5.2.3.- El discurso populista de Syriza: aprovechando una ventana de oportunidad***

El caso de Syriza constituye un buen ejemplo de cómo el discurso populista de izquierdas se acopla fácilmente a contextos dominados por un descontento generalizado fruto de un golpe económico de cuya dureza se acusa a las elites. Esta observación resulta aún más relevante si tenemos en cuenta que, hasta hace bien poco, el «pueblo» no ocupaba una posición central en el discurso de Syriza; su vinculación con ciertos movimientos sociales le hacía preferir significantes como «juventud» o «sociedad», de lo que se colige que la adopción del discurso populista responde al estallido de la crisis orgánica, la cual funciona como ventana de oportunidad para el partido. Y es que Syriza tan solo comenzó a utilizar el significante «λαός» («pueblo») cuando se percató de que podía representar a la mayoría de los grupos afectados por el creciente empobrecimiento y la frustración, los cuales se habían desidentificado con sus preferencias anteriores (Markou, 2017).

El discurso de Tsipras da buena cuenta del interés de Syriza por recuperar la apelación al «pueblo». En términos numéricos, Stavrakakis y Katsambekis (2014: 127) observan que, mientras que en los discursos para las elecciones de 2009 Tsipras menciona muy pocas veces el significante «pueblo», éste aparece hasta 50 veces en algunos de los discursos de la campaña de 2012. Por ejemplo, el discurso de cierre de campaña en 2009 incluye solo cinco referencias al «pueblo»; su homólogo para las elecciones de 2012, hasta 51. Pero no se trata únicamente de una cuestión numérica; el «pueblo» no aparece como un mero cliché, como una referencia neutral a la base constitutiva y legitimadora del ideal democrático, sino que asume un papel privilegiado en tanto que punto nodal sobre el que se articula todo el discurso. Así se percibe, por ejemplo, en uno de los lemas electorales de Syriza para las elecciones de junio de 2012: «El pueblo es capaz de todo.

Vota Syriza» (véase Figura 1 Anexo III). En este mismo ejemplo, Syriza se presenta no como un partido, sino como un instrumento multiplicador del poder de ese pueblo que se halla en el centro de la vida pública. El discurso de Syriza trata de promover un silogismo según el cual votar por Syriza implica votar por el pueblo, dificultando la distinción entre ambas realidades. Esto queda patente en el discurso de Tsipras (2012a, 29:20):

El pueblo, por medio de su voto a Syriza, marcará el camino para cambiar la historia. [...] Lo que está en juego el domingo no es una mera lucha entre Syriza y el *establishment* político. De lo que estamos hablando es del encuentro del pueblo con su vida. Del encuentro del pueblo con su destino. De la lucha entre la Grecia oligárquica y la Grecia democrática. [...] El pueblo unido a Syriza.

Dicho esto, el discurso populista se caracteriza por su representación dicotómica de la sociedad. Así, el siguiente paso es reflejar el antagonismo del discurso de Syriza y averiguar quién lo encarna. En este sentido, el eslogan para las elecciones de 2012 supone un buen punto de partida: «Ellos decidieron sin nosotros, nosotros avanzamos sin ellos» (véase Figura 2 en Anexo III). Este lema funcionaba como herramienta discursiva idónea para establecer cadenas de equivalencia entre sujetos, identidades, demandas e intereses tan heterogéneos como frustrados, al resaltar su oposición a un «ellos» común: el enemigo del pueblo, a saber, aquellas fuerzas que han implementado las políticas de austeridad que han sumido al país en unos niveles de recesión, desempleo y pobreza sin precedentes (Nueva Democracia y PASOK) y aquellas que representan el orden neoliberal del que emanan esas políticas (FMI, troika y UE). Como apuntan Stavrakakis y Katsambekis (2014: 129), estas fuerzas, organizadas a través de la lógica equivalencial, se presentan como actores distintos pero interrelacionados todos ellos en el *establishment*.

Colegimos que el discurso de Syriza se organiza sobre la base de un esquema antagonico que divide el campo social de acuerdo con el patrón «nosotros/el pueblo/los de abajo vs ellos/el *establishment*/los de arriba». El objetivo no es otro que construir dos cadenas de equivalencias que se oponen entre sí: en el «nosotros», toda la gente que se siente golpeada por la crisis y las políticas de austeridad; en el «ellos», el *establishment* político responsable de la crisis y de la implementación de esas políticas (Pappas y Aslanidis, 2015: 194). Sirva como último ejemplo otro eslogan de Syriza (2012) para las elecciones de 2012: «O nosotros, o ellos. Unidos podemos echarles» (véase Figura 3 en Anexo III). Marcando una evidente línea antagonica, este discurso empodera al «pueblo», sobreponiéndose al déficit democrático de etapas anteriores y liquidando la brecha entre el propio pueblo, supuesto agente decisorio, y aquellos que decidieron sin el pueblo.

Para finalizar este análisis, resulta conveniente examinar quién compone el «nosotros/pueblo» de Syriza. Si fuera cierto que el populismo de izquierdas se adapta mejor a la lógica de formación de identidades colectivas que se deriva de una crisis orgánica, parecería razonable apelar a un pueblo inclusivo para representar a la totalidad popular frente a las elites. Tanto es así que el propio Tsipras (2012b: 2) reconoce dirigirse a una totalidad compuesta por los grupos ajenos al *establishment*:

Me dirijo a todos vosotros, los demócratas. A todos los que disteis la cara hasta 2009 y votasteis por el PASOK. [...] A todos los votantes conservadores, gente ordinaria asfixiada por el memorándum. [...] A toda la gente de izquierdas y a los comunistas. [...] Me dirijo también a los hombres, mujeres, jóvenes y todos aquellos que aún no han decidido su voto, a todos vosotros que seguís desconcertados, a los que pensáis que las elecciones no tienen nada que ver con vosotros. A todos os digo: ¡No dejéis que hablen por vosotros!

Todos estos sujetos forman una unidad popular, no en torno a alguna cualidad positiva común, sino en torno al hecho de que todos comparten alguna carencia, y es esa comunalidad negativa la que los une en un intento por superar el orden existente (Laclau, 2005). Esa carencia, aunque puede adquirir múltiples significados en función de lo que hayan perdido durante la crisis los sujetos que forman la unidad popular, establece un marco común donde se incluyen todos los grupos perjudicados por las elites. Así pues, el pueblo de Syriza se invoca sin excluir la pluralidad y la heterogeneidad social en pos de una alianza homogeneizadora que busca el derrocamiento del bipartidismo y las políticas de austeridad. El pueblo toma forma a partir de una cadena de equivalencias abierta que evita las limitaciones propias del populismo de derechas (Stavrakakis y Katsambekis, 2014: 132). En este sentido, el «pueblo» aglomera a los sectores más perjudicados por la crisis y el orden bipartidista, a todo tipo de minorías y no solo a los nacionales griegos, sino también a los inmigrantes y refugiados igualmente golpeados por las elites. Tanto es así que Syriza se erigió en uno de los mayores defensores de la plena inclusión social y la igualdad de derechos de los inmigrantes y de la comunidad LGBTI, siendo el primer partido griego en apoyar oficialmente el derecho al matrimonio homosexual. El siguiente fragmento de un discurso de Tsipras refleja este carácter inclusivo:

Vamos a hacer historia. Vamos a dejar atrás el miedo, la autocracia y la austeridad. Y lo vamos a hacer juntos, sin más exclusiones que la de aquellos que nos han llevado hasta aquí. [...] También con vosotros, los inmigrantes; ningún inmigrante es ilegal. La intromisión neocolonial de Europa en vuestras tierras y la globalización neoliberal os obliga a abandonar vuestras casas, pero nosotros tenemos la obligación moral de ayudaros (citado en Nestoras, 2015: 4).

## 6.- CONCLUSIÓN

El presente trabajo partía con el objetivo de averiguar si existe alguna relación entre la coyuntura que antecede al éxito populista y la forma de populismo resultante; más concretamente, pretendía examinar la posibilidad de que el populismo de izquierdas necesite la implosión de un Estado institucionalmente débil (una crisis orgánica) para triunfar. Y pretendía hacerlo incluyendo un estudio empírico hasta ahora inédito en la literatura que, en efecto, radiografiara la coyuntura sociopolítica de ciertos países que acabaron asistiendo a la victoria de formaciones populistas de izquierdas.

Tras emprender esta tarea, este trabajo sugiere que, en efecto, el ascenso al gobierno del populismo de izquierdas parece verse precedido de manera indisociable por el estallido de una crisis orgánica. Y es que es posible advertir patrones similares en los procesos que acaban encumbrando en el poder a Hugo Chávez en Venezuela y a Alexis Tsipras en Grecia. Primero, ambos países sufren una contundente recesión económica que provoca niveles de desempleo, pobreza y desigualdad sin precedentes. Segundo, ambos registran un extraordinario crecimiento de la desconfianza en sus instituciones fruto de la incapacidad de éstas para dar respuestas a las demandas de los ciudadanos en un contexto de vulnerabilidad motivado por la delicada coyuntura económica. Tercero, ambos casos tienden a registrar los niveles máximos de desconfianza en el período que precede de manera inmediata al triunfo populista, lo que denota un profundo hartazgo con el régimen imperante que empuja a los ciudadanos a desidentificarse con los partidos y las elites que lo timoneaban, dando pie a la gramsciana anomia radical, a un proceso de reordenación de legitimidades en el que se persigue la refundación del sistema de pies a cabeza.

Y cuarto, tanto en Venezuela como en Grecia, el populismo de izquierdas deriva del estallido de una crisis orgánica. El análisis de ambos casos sugiere que no lo hace accidentalmente, sino porque se trata del fenómeno que mejor acoge esa representación hegemónica de la sociedad frente a un adversario considerado ilegítimo al enarbolar un discurso que reproduce el descontento popular, culpabiliza de los males de la nación a un colectivo antagónico –las elites–, y propugna una profundización de la democracia mediante la inclusión radical de la *plebs* en el cuerpo comunitario. Al introducir el elemento antagónico, la lógica equivalencial es capaz de reidentificar a masas muy heterogéneas con un sujeto colectivo, el pueblo, lo que ha servido tanto a Chávez como a Tsipras para capitalizar el descontento y transformarlo en un apoyo electoral transversal.

El hallazgo de estos paralelismos no pretende negar la singularidad propia de cada caso. Venezuela bebe de una larga tradición populista en la región latinoamericana, y su condición de país en vías de desarrollo lo hace económicamente más vulnerable, facilitando el surgimiento de actores proclives a capitalizar esa vulnerabilidad. Grecia, por su parte, pertenece a ese Occidente desarrollado donde el progreso configuró unas expectativas sobre el futuro que se han visto hoy frustradas, una realidad sin la que no es posible comprender el viraje en contra de las instituciones griegas. En Venezuela, la crisis económica funcionó como jarabe de realidad: al limitar los recursos disponibles, destapó la disfuncionalidad del Estado puntofijista, lo que condujo al rechazo de las instituciones como canales de mediación y articulación de demandas. En Grecia, la propia crisis económica hace temblar los cimientos institucionales del país, y las medidas de austeridad que se aplican como respuesta solo consiguen incrementar el sentimiento de agravio popular y facilitar una revuelta antiinstitucional en nombre del pueblo. En Venezuela, la figura de Chávez nace con y como respuesta a la crisis. En Grecia, Syriza se había fundado en 2004 como una formación de la izquierda radical y, sin embargo, ve en la crisis una ventana de oportunidad única para abrazar el populismo de izquierdas y alcanzar el poder.

Sirvan las anteriores puntualizaciones para recalcar que este trabajo no pretende establecer una simetría exacta entre el caso griego y el venezolano, pero que, a pesar de ello, sí parece hallar la suficiente evidencia empírica como para establecer una relación de similitud que justifica nuestra hipótesis general: el triunfo del populismo de izquierdas viene precedido de una crisis orgánica. Los populismos de Chávez y Tsipras llegaron al poder cabalgando sobre una economía estancada y una población empobrecida; la recesión económica había minado las bases del orden democrático anterior, fomentando el rechazo popular hacia las instituciones responsables de tal descalabro y liquidando el orden de legitimidades establecido. La crisis orgánica se torna inminente e inmanente a este desarrollo de los acontecimientos: el deseo de refundar un orden decrepito inunda la sociedad. Y aparece el populismo de izquierdas. Aparecen Chávez y Tsipras para arengar al pueblo contra el no pueblo, para movilizar a las masas y anunciar el amanecer de la historia. Para hacerse eco de la situación y capitalizarla.

Si este trabajo está en lo cierto, merece la pena realizar tres apreciaciones finales que abren las puertas a la futura realización de investigaciones en este campo de estudio. Primero, si las crisis orgánicas se erigen en condición de posibilidad para el éxito del populismo de izquierdas, colegimos que donde este populismo ha emergido, pero no

triunfado, nunca ha llegado a darse una crisis orgánica. En este sentido, el surgimiento de Podemos en España podría encarnar un buen ejemplo (Iglesias, 2015). Segundo, si el populismo de derechas se centra esencialmente en cuestiones relacionadas con la identidad cultural de un país, es razonable pensar que requiere de diferentes circunstancias para triunfar: los aspectos socioeconómicos quedarían en segundo plano ante las demandas postmaterialistas, que reclaman la preservación del bienestar nacional frente a la amenaza extranjera, una empresa que no necesariamente implica la pérdida de confianza en las instituciones –sí en quienes las copan–, ni el deseo de poner en marcha una alternativa refundacional.

Y tercero, dado que la hipótesis parece haberse probado a ambos lados del Atlántico, resulta lógico retomar la división entre populismos de izquierdas y de derechas y destacar la adecuación de estas dos categorías a la hora de aproximarse al estudio de este fenómeno. Los procesos de desarrollo del denominado populismo de izquierdas son muy similares en Grecia y Venezuela, de modo que esta conceptualización del populismo parece imponer su validez sobre aquella que preconiza una clasificación en base a criterios geográficos. Es más, de preferir esta última, la categorización de los populismos en europeos y latinoamericanos requeriría, al menos, de alguna especificación posterior para no resultar demasiado generalista. Así, si no se quiere emplear el eje «izquierda vs derecha», habría de dividir los populismos europeos en excluyentes –componen la tónica general– e inclusivos –Syriza, Podemos, o Francia insumisa–; y lo propio habría que hacer con los populismos latinoamericanos, más si cabe tras la victoria de Bolsonaro en Brasil.

Dicho todo lo cual, el presente trabajo finaliza con una última reflexión. Vivimos, como se mencionaba al comenzar este estudio, en la época de los populismos, y basta con mirar a nuestro alrededor para saber de lo que éstos son capaces. Nuestra democracia es imperfecta, de modo que, si queremos preservarla, ahora más que nunca se hace necesario cuidarla. La alternativa democrática al populismo ya existe, se basa en la concepción de un nosotros solidario, evita el sentimentalismo comunitario y comprende nuestras diferencias para garantizar una convivencia viable. Es una alternativa fundamentada en la idea de ciudadanía y que, por tanto, reconoce el pluralismo de las sociedades liberales como mejor contención contra la ola populista. Años y años de historia han consolidado nuestra democracia como el único «dispositivo institucional de convivencia, pero de convivencia perfectible y falible» (Lasalle, 2017: 115); evitemos que los populismos terminen devorándola como Cronos en otro tiempo devoró a sus hijos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Acemoglu, D., Egorov, G. y Sonin, K. (2011). A political theory of populism. *The Quarterly Journal of Economics*, 128(2), 771-805.
- Arditi, B. (2007). *Politics on the edges of liberalism. Difference, populism, revolution, agitation*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Arias-Maldonado, M. (2016). Para comprender el populismo (I). *Revista de Libros*. Recuperado de: <https://www.revistadelibros.com/blogs/torre-de-marfil/para-comprender-el-populismo-i>.
- Arias-Maldonado, M. (2018). Populismo: anatomía del espectro. *Revista de Libros*. Recuperado de: <https://www.revistadelibros.com/articulos/populismo-anatomia-del-espectro#comentarios>.
- Banco Central de Venezuela (1990). *Informe Económico de Venezuela 1990-2000*. Caracas: BCV.
- Banco Mundial (2019). Datos sobre desarrollo económico: Venezuela y Grecia [PIB, Gini]. *Banco Mundial*. Recuperado de: <https://datos.bancomundial.org/>.
- Baptista, A. (2007). *Bases cuantitativas de la economía venezolana 1830-2001*. Caracas: Fundación Empresas Polar.
- Barber, T. (2010). Greece condemned for falsifying data. *Financial Times*. Retrieved from: <https://www.ft.com/content/33b0a48c-ff7e-11de-8f53-00144feabdc0>.
- Betz, H. G. (1994). The new politics of resentment: radical right-wing populist parties in Western Europe. *Comparative Politics*, 25(4), 413-427. DOI: 10.2307/422034.
- Bornschieer, S. (2010). *Cleavage Politics and the Populist Right*. Philadelphia: Temple University Press.
- Cannon, B. (ed.) (2013a). *Hugo Chávez and the Bolivarian revolution: Populism and democracy in a globalised age*. Manchester: Manchester University Press.
- Cannon, B. (2013b). Structural fractures, crises, the state and the emergence of Chávez. En B. Cannon (ed.), *Hugo Chávez and the Bolivarian revolution: Populism and democracy in a globalised age* (31-52). Manchester: Manchester University Press.
- Canovan, M. (1999). Trust the People! Populism and the two faces of Democracy. *Political Studies*, 47(1), 2-16.
- Canovan, M. (2002). The people, the masses, and the mobilization of power: the paradox of Hannah Arendt's populism. *Social Research: An International Quarterly*, 69(2), 403-422.
- Cantamutto, F. J. y Grooscors, H. H. (2015). Gobiernos populistas y demandas irresueltas. Los casos de Argentina y Venezuela. En D. Vázquez-Valencia (ed.), *De la democracia liberal a la Soberanía popular* (125-157). Buenos Aires: CLACSO.
- Castro, V. A. (2010). Desafección política y crisis institucional en Venezuela. *Revista Venezolana de Gestión Pública*, 1(1), 139-160.

- Cevallos, J. P. (2016). El populismo: ¿una amenaza a la democracia en América Latina? Un diálogo con Kurt Weyland. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 55. DOI: <http://dx.doi.org/10.17141/iconos.54.2016.1975>.
- Chávez, H. (1998). ¡Esta es la hora del pueblo bolivariano! *Bolivariana Televisión*. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=HEGnzFcVjps>.
- Chávez, H. (2000a). Primer año de gobierno, balance de gestión y perspectivas del año 2000 [Discurso pronunciado el 3 de febrero de 2000 en el Palacio de Miraflores, Caracas]. En M. Domínguez (2008), *La pobreza en el discurso del presidente de Venezuela*, Hugo Chávez Frías. *Discurso & Sociedad*, 2(1), 1-38.
- Chávez, H. (2000b). Intervención en la Cumbre de los 77 [Discurso pronunciado el 13 de abril de 2000 en La Habana, Cuba]. En M. Domínguez (2008), *La pobreza en el discurso del presidente de Venezuela*. *Discurso & Sociedad*, 2(1), 1-38.
- Chávez, H. (2001). Discurso pronunciado con motivo del III aniversario del triunfo electoral [6 de diciembre de 2001]. En M. Domínguez (2008), *La pobreza en el discurso del presidente de Venezuela*. *Discurso & Sociedad*, 2(1), 1-38.
- D'Adamo, O. J. y Beaudoux, V. G. (2013). Derecha e izquierda: ¿dos cajas vacías? En L. A. O. Guadalupe (ed.), *Psicología política* (147-168). Madrid: Plaza y Valdés.
- de la Torre, C. (2000). *Populist Seduction In Latin America: The Ecuadorian Experience*. Atenas: Ohio University Press.
- de la Torre, C. (2017a). *Populismos. Una inmersión rápida*. Barcelona: Tibidabo.
- de la Torre, C. (2017b). El populismo y la promesa de una democracia más inclusiva. En A. Rivero, J. Zarzalejos y J. Palacio (eds.), *Geografía del populismo: viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump* (54-70). Madrid: Tecnos.
- Dewinter, F. (1992). *Solutions to immigration. 70 proposals for solving the problem of foreigners*. Bruselas: Nationalistisch Vormingsinstituut.
- ELSTAT (2017). *Risk of Poverty. 2017 Survey on Income and Living Conditions*. Piraeus: Hellenic Statistical Authority.
- Erlich, F. (2005). La relación interpersonal con la audiencia: el caso del discurso del presidente venezolano Hugo Chávez. *Revista signos*, 38(59), 287-302.
- Errejón, Í. (2015). We the People El 15-M: ¿Un populismo indignado? *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies*, 14(1), 124-156.
- Eurobarómetro (2017). Designing Europe's future: Trust in institutions, Globalisation, Support for the euro, opinions about free trade and solidarity. *Special Eurobarometer 461 – Wave EB87.2*. Bruselas: DG Communication, EC.
- Eurobarómetro (2019). Trust in national institutions (online analysis). *Eurobarómetro*. Recuperado de: <http://ec.europa.eu/commfrontoffice/publicopinion/index.cfm/chart/index>.



- Expansión* (30 de diciembre de 2012). La crisis agrava la informalidad en Grecia. *Expansión*. Recuperado de: <https://expansion.mx/economia/2012/12/29/la-crisis-agrava-informalidad-en-grecia>.
- Freeden, M. (1998). Is nationalism a distinct ideology? *Political studies*, 46(4), 748-765.
- Freidenberg, F. (2012). *¿Qué es el populismo? Enfoques de estudio y una nueva propuesta de definición como un estilo de liderazgo*. Burdeos: Presses Universitaires de Bordeaux.
- Freije, S. (2008). Distribución y redistribución del ingreso en Venezuela. *América Latina Hoy*, 48(1), 83-107.
- Galston, W. A. (2018). *Anti-Pluralism: The Populist Threat to Liberal Democracy*. Michigan: Yale University Press.
- Gramsci, A. (1975). *Cuadernos de la cárcel*. México DF: Ediciones ERA, Universidad Autónoma de Puebla.
- Halikiopoulou, D., Nanou, K. y Vasilopoulou, S. (2012). The paradox of nationalism: The common denominator of radical right and radical left euroscepticism. *European Journal of Political Research*, 51(1), 504-539.
- Hernández, E. y Kriesi, H. (2016). The electoral consequences of the financial and economic crisis in Europe. *European Journal of Political Research*, 55(2), 203-224.
- Iglesias, P. (2015). Entender Podemos. *New Left Review*, 93(8), 9-54.
- Ivarsflaten, E. (2008). What Unites Right-Wing Populists in Western Europe?: Re-Examining Grievance Mobilization Models in Seven Successful Cases. *Comparative Political Studies*, 41(1), 3-23. DOI: 10.0010414006294168.
- Jiménez, J. E. R. (2002). Militarismo, democracia y conflicto político en la Venezuela de Hugo Chávez (1998-2002). *Sincronía*, 3(1), 1-31.
- Judis, J. B. (2016). *The Populist Explosion: How the Great Recession Transformed American and European Politics*. Nueva York: Columbia Global Reports.
- Kaltwasser, C. R. (2012). The Ambivalence of Populism. Threat and Corrective for Democracy. *Democratization*, 19(2), 184-208.
- Kaltwasser, C. R. (2014). The Responses of Populism to Dahl's Democratic Dilemmas. *Political Studies*, 62(3), 470-487.
- Katsambekis, G. (2014). Los multitudinarios momentos de la Gente. En A. Kioupkiolis y G. Katsambekis (eds.), *En Democracia Radical y los Movimientos Colectivos Actuales* (180-184). Farnham: Ashgate.
- Katsambekis, G. (2015). El ascenso de la izquierda radical griega al poder. Notas sobre el discurso y la estrategia de Syriza. *Linea Sur*, 9(1), 165-174.

- Katsambekis, G. (2016). The populist surge in post-democratic times: Theoretical and political challenges. *The Political Quarterly*, 88(2), 202-210. DOI: 10.1111/1467-923X.12317.
- Kazamias, A. (2018). The Political Effects of the Greek Economic Crisis: The Collapse of the Old Two-Party System. En V. K. Fouskas y C. Dimoulas (eds.), *Greece in the 21st Century: The Politics and Economics of a Crisis* (170-185). Abingdon: Routledge.
- Kouretas, G. P. y Vlamis, P. (2010). The Greek crisis: causes and implications. *Panoeconomicus*, 57(4), 391-404.
- Koutsogeorgopoulou, V., Matsaganis, M., Leventi, C. y Schneider, J. (2014). Fairly Sharing the Social Impact of the Crisis in Greece. *OECD Economics Department Working Papers*, No. 1106. París: OECD Publishing.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lassalle, J. M. (2017). *Contra el populismo. Cartografía de un totalitarismo posmoderno*. Barcelona: Debate.
- Latinobarómetro (2019). Confianza en las instituciones nacionales (Análisis Online). *Latinobarómetro*. Recuperado de: <http://www.latinobarometro.org/latOnline.jsp>.
- Leone, J. A. R. (2000). La vulnerabilidad de la democracia y el rediseño institucional en Venezuela. *Foro Internacional*, 3(2), 718-742.
- Leone, J. A. R. (2002). *Transformaciones y crisis de los partidos políticos. La nueva configuración del sistema de partidos en Venezuela* [Working Paper No.202]. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials.
- Leone, J. A. R. (2006). Crisis y desinstitucionalización de los partidos políticos en Venezuela. *Stockholm Review of Latin American Studies*, 1(1), 48-58.
- Levitsky, S. y Loxton, J. (2012). Populism and competitive authoritarianism: the case of Fujimori's Peru. En C. Mudde y C. R. Kaltwasser (eds.), *Populism in Europe and the Americas*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Levitsky, S. y Loxton, J. (2013). Populism and competitive authoritarianism in the Andes. *Democratization*, 20(1), 107-136.
- Levitsky, S. y Roberts, K. (2011). Introduction: Latin America's Left Turn: A Framework for Analysis. En S. Levitsky y K. Roberts (eds.), *The Resurgence of the Latin American Left* (1-28). Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- Levitsky, S. y Way, L. A. (2010). *Competitive authoritarianism: Hybrid regimes after the Cold War*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lyrantzis, C. (2011). Greek politics in the era of economic crisis: reassessing causes and effects. *The Hellenic Observatory (GreeSE paper No.45)*, LSE (London, UK).
- Madrid, R. L. (2008). The rise of ethnopopulism in Latin America. *World Politics*, 60(3), 475-508.

- Maingon, T. (2004). *Síntomas de la crisis y de la deslegitimación del sistema de partidos en Venezuela*. En XXV International Congress of the Latin American Studies Association [6-8 de octubre, Las Vegas, NV].
- Maingon, T. y Sonntag, H. (1998). Sorpresas trae la transición: las elecciones regionales, del congreso nacional y presidencial en Venezuela. *Anuario Social y Político de América Latina y El Caribe*, 2(1), 32-41.
- March, L. (2017). Left and right populism compared: The British case. *The British Journal of Politics and International Relations*, 19(2), 282-303. DOI: <https://doi.org/10.1177/1369148117701753>.
- Markou, G. (2017). The Rise of Inclusionary Populism in Europe: The Case of SYRIZA. *Contemporary Southeastern Europe*, 4(1), 54-71.
- Mason, J. (2015, January 28). "Hope begins today": the inside story of Syriza's rise to power. *The Guardian*. Recuperado de: <http://archive.is/STKzA>.
- Matta, R. (1991). *Carnivals, Rogues, and Heroes. An Interpretation of the Brazilian Dilemma*. Notre Dame: University of Notre Dame.
- Maya, M. L. (2008). Venezuela: Hugo Chávez y el bolivarianismo. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 14(3), 55-82.
- Meltzer, J. (2009). Hugo Chávez and the Search for Post-Neoliberal Policy Alternatives in Venezuela. En L. Macdonald y A. Ruckert (eds.), *Post-neoliberalism in the Americas* (89-104). Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Mény, Y. y Surel, Y. (eds.) (2002). *Democracies and the Populist Challenge*. Basingstoke: Palgrave.
- Michels, R. (1991). *Los partidos políticos. Un sello sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Mignolo, W. D. (2014). Democracia liberal, camino de la autoridad humana y transición al vivir bien. *Sociedade e Estado*, 29(1), 21-44.
- Moffitt, B. (2010). Guess Who's Coming to Dinner? Populism as the Awkward Dinner Guest of Democracy. *Connected Globe, Conflicting Worlds: Australian Political Studies Association Conference*, University of Melbourne.
- Molina, J. y Pérez, C. (2002). Venezuela ratifica el cambio: elecciones de 2000. En M. Ramos (ed.), *Venezuela: rupturas y continuidades del sistema político (1999-2001)* (143-176). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Mouffe, C. (2005). *On the political*. Londres: Routledge.
- Mounk, Y. (2018). *El pueblo contra la democracia: por qué nuestra libertad está en peligro y cómo salvarla*. Barcelona: PAIDÓS Estado y Sociedad.
- Mudde, C. (2004). The Populist Zeitgeist. *Government and Opposition*, 39(4), 542-563.

- Mudde, C. (2007). *Populist Radical Right Parties in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mudde, C. (2016). The Revenge of The Losers of Globalization? Brexit, Trump and Globalization. *The Huffington Post*. Recuperado de: [https://www.huffingtonpost.com/cas-mudde/the-revenge-of-the-losers\\_b\\_11407](https://www.huffingtonpost.com/cas-mudde/the-revenge-of-the-losers_b_11407).
- Mudde, C. y Kaltwasser, C. R. (2013). Exclusionary vs. inclusionary populism: Comparing contemporary Europe and Latin America. *Government and Opposition*, 48(2), 147-174.
- Mudde, C. y Kaltwasser, C. R. (eds.). (2012). *Populism in Europe and the Americas: Threat or corrective for democracy?* Cambridge: Cambridge University Press.
- Nestoras, A. A. (2015). The Gatekeeper's Gambit: SYRIZA, Left Populism and the European Migration Crisis. *Institute of European Democrats*, 1-35.
- OECD (2019). Economic data and statistics (Greece) [Average wages, poverty and unemployment]. *OECD*. DOI: 10.1787/cc3e1387-en (<https://data.oecd.org/>).
- Otjes, S. y Louwse, T. (2015). Populists in Parliament: Comparing Left-Wing and Right-Wing Populism in the Netherlands. *Political Studies*, 63(1), 60-79. DOI: <https://doi.org/10.1111/1467-9248.12089>.
- Panizza, F. (2005). *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso.
- Pappas, T. S. (2010). The causes of the Greek crisis are in Greek politics. *Open Democracy*. Retrieved from: <https://www.opendemocracy.net/en/openeconomy/>.
- Pappas, T. S. (2013). Populist Democracies: Post-Authoritarian Greece and Post-Communist Hungary. *Opposition and Government*, 49(1), 1-23. DOI: 10.1017/gov.2013.21.
- Pappas, T. S. y Aslanidis, P. (2015). Greek populism: A political drama in five acts. En H. Kriesi y T. S. Pappas (eds.), *European populism in the shadow of the great recession* (181-196). Colchester: ECPR Press.
- Paramio, L. (2006). Giro a la izquierda y regreso del populismo. *Nueva Sociedad*, 205.
- Pasquino, G. (2008). Populism and democracy. En D. Albertazzi y D. McDonnell (eds.), *Twenty-First Century Populism. The Spectre of Western European Democracy* (15-29). Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Pauwels, T. (2011). Measuring Populism: Quantitative Text Analysis of Party Literature in Belgium. *Journal of Elections, Public Opinion and Parties*, 21(1), 97-119.
- Peiró, P. (2003). Desigualdad y pobreza: América Latina y Europa desde 1950. *Política y Cultura*, 20(4), 29-51.
- Peruzzotti, E. (2008). Populismo y representación política. En C. de la Torre y E. Peruzzotti (eds.), *El retorno del pueblo: Populismo y nuevas democracias en América Latina* (97-124). Quito: FLACSO.

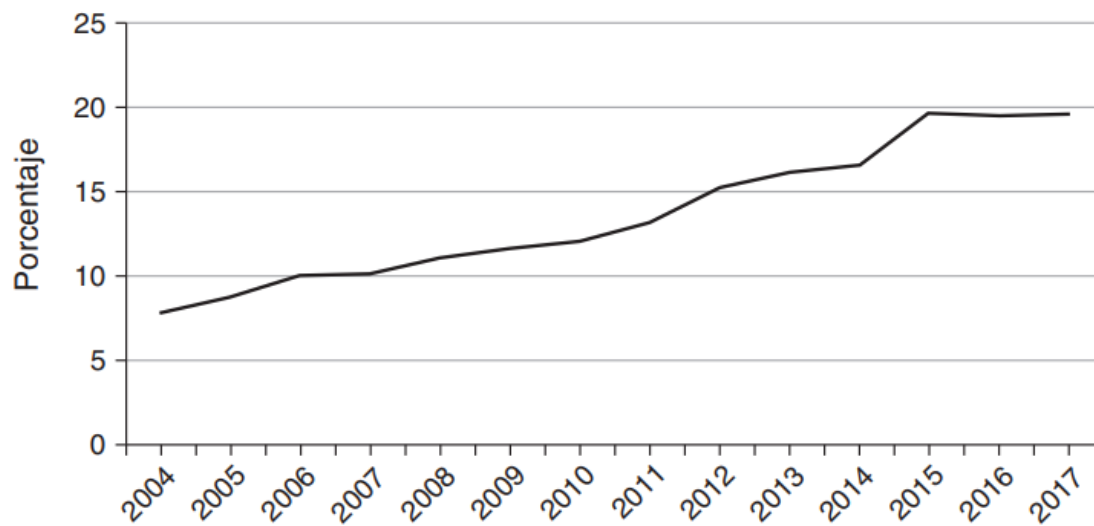
- Polanco, J. D. y Maingon, T. (2003). *Actitudes del venezolano frente a la democracia*. En XXIV International Congress of the Latin American Studies Association [Dallas].
- Retamozo, M. (2009). Las demandas sociales y el estudio de los movimientos sociales. *Cinta de moebio*, 35, 110-127. DOI: 10.4067/S0717-554X2009000200003.
- Retamozo, M. (2017). La teoría del populismo de Ernesto Laclau: una introducción. *Estudios Políticos*, 41, 157-184. DOI: 10.1016/j.espol.2017.02.002.
- Riutort, M. y Balza, R. (2001). *Salario real, tipo de cambio real y pobreza en Venezuela: 1975-2000*. Caracas: UCAB/IIES.
- Rivera, A. (2015). De la hegemonía al populismo. Ernesto Laclau: la evolución de un “schmittiano anti-schmittiano”. En R. Castro-Orellana (ed.), *Poshegemonía. El final de un paradigma de la filosofía política en América Latina* (29-49). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Rivero, A. (2017). Populismo: ¿cómo destruir la democracia en nombre de la democracia? En A. Rivero, J. Zarzalejos y J. Palacio (eds.), *Geografía del populismo: un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump* (31-41). Madrid: Tecnos.
- Rivero, A., Zarzalejos, J. y Palacio, J. (eds.) (2017). *Geografía del populismo: un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump*. Madrid: Tecnos.
- Roberts, K. (2010). Latin America's Populist Revival. *SAIS Review*, 27(1), 3-15.
- Rooduijn, M. y Akkerman, T. (2015). Flank attacks: Populism and left-right radicalism in Western Europe. *Party Politics*, 23(3), 193–204. DOI: 10.1177/135406881559.
- Sartori, G. (2007). *¿Qué es la democracia?* Madrid: Taurus.
- Serra, G. (2018). The electoral strategies of a populist candidate: Does charisma discourage experience and encourage extremism? *Journal of Theoretical Politics*, 30(1), 45-73. DOI: <https://doi.org/10.1177/0951629817737860>.
- Sinha, S. (2017). Fragile Hegemony: Modi, Social Media, and Competitive Electoral Populism in India. *International Journal of Communication*, 11, 4158-4180. DOI: 1932–8036/20170005.
- Soto, I. B. R. (2014). Pobreza en Venezuela (2000-2010). *Omnia*, 20(2), 162-176.
- Stanley, B. (2008). The thin ideology of populism. *Journal of political ideologies*, 13(1), 95-110.
- Stavrakakis, Y. y Katsambekis, G. (2014). Left-wing populism in the European periphery: the case of SYRIZA. *Journal of political ideologies*, 19(2), 119-142.
- Syriza (2011). Political resolution of the 4th PanHellenic Conference [8 de abril de 2015]. *Syriza*. Recuperado de: <http://goo.gl/Hl2fvY>.
- Syriza (2012). Joint Declaration of Positions [3 de abril de 2012]. *Syriza*. Recuperado de: <http://goo.gl/mzWFY>.

- Taggart, P. (2000). *Populism*. Buckingham: Open University Press.
- Taguieff, P. A. (1995). Las ciencias políticas frente al populismo: de un espejismo conceptual a un problema real. En P. Piccone, F. Alder, T. Fleming, P. Gottfried, T. Luke, P. A. Taguieff y C. Wilson (eds.), *Populismo posmoderno* (29-79). Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Tsakatika, M. y Eleftheriou, C. (2013). The Radical Left's Turn towards Civil Society in Greece. *South European Society & Politics*, 18(1), 81-100.
- Tsipras, A. (2011). Statement after the meeting between political leaders [8 de abril de 2015]. *Syriza speeches*. Recuperado de: <http://goo.gl/BIFTma>.
- Tsipras, A. (2012a). Speech at the central pre-election rally of SYRIZA in Athens (Omonia Square) [14 de junio de 2012]. *Syriza speeches*. Recuperado de: <http://www.syn.gr/gr/keimeno.php?id=27375>.
- Tsipras, A. (2012b). Speech at the central pre-election rally of SYRIZA in Athens (Omonia Square) [3 de mayo de 2012]. *Syriza speeches*. Recuperado de: <https://www.syriza.gr/ομιλία-του-προέδρου-της-κ-ο-του-συριζα-31/>.
- Urbinati, N. (1998). Democracy and Populism. *Constellations*, 5(1), 110-124.
- Vallespín, F. y Martínez-Bascuñán, M. (2017). *Populismos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Verdú, D. (18 de mayo de 2018). El M5S y la Liga cierran un pacto que incluye una renta “de ciudadanía” de 780 euros al mes. *El País*. Recuperado de: [https://elpais.com/internacional/2018/05/18/actualidad/1526632172\\_58786.html](https://elpais.com/internacional/2018/05/18/actualidad/1526632172_58786.html).
- Villacañas, J. L. (2015). *Populismo*. Madrid: La Huerta Grande.
- Villacañas, J. L. (2017). La reinención de la política. Orígenes y fundamentos del populismo contemporáneo. En F. Carrillo (ed.), *El porqué de los populismos: un análisis del auge populista de derecha e izquierda a ambos lados del Atlántico* (17-47). Bilbao: Ediciones Deusto.
- Weyland, K. (2001). Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics. *Comparative Politics*, 34(1), 1-22.
- Weyland, K. (2004). Neoliberalism and democracy in Latin America: A mixed record. *Latin American Politics and Society*, 46(1), 135-157.
- Wodak, R., Khosravinik, M. y Mral, B. (eds.) (2013). *Right-wing populism in Europe: Politics and discourse*. Londres: A&C Black.
- Zurita, A. M. (2001). *Venezuela en la década de 1990: globalización, violencia y medios de comunicación*. En XXII International Congress of the Latin American Studies Association [6-8 de septiembre, Washington, D.C.].

## ANEXO I: GRÁFICOS

*Gráfico 1*

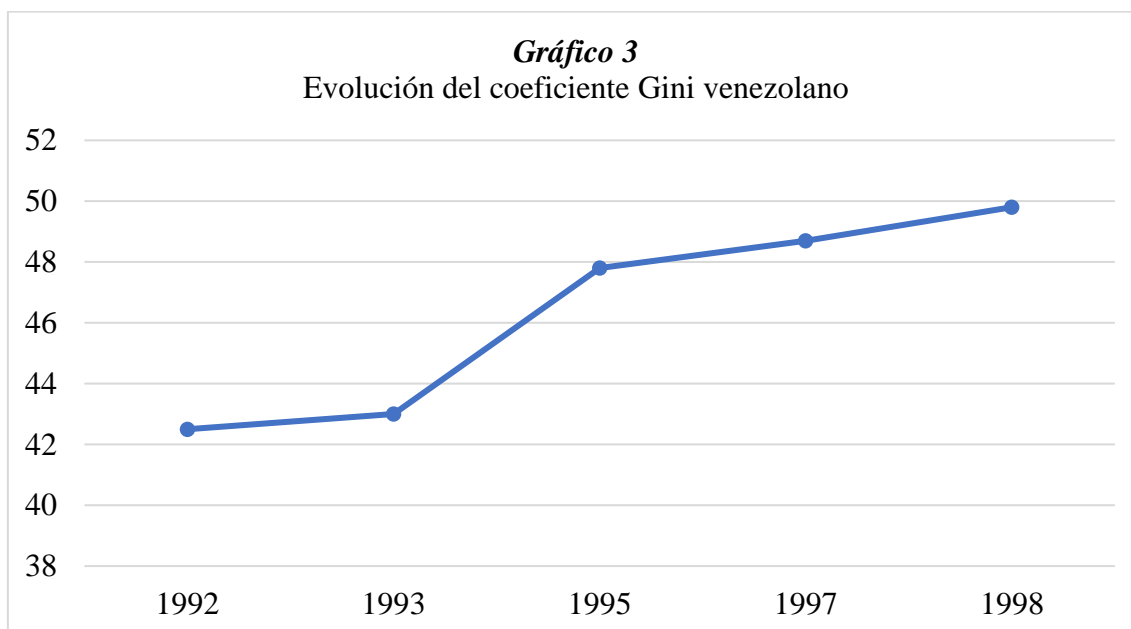
Porcentaje de voto de los partidos populistas en la Unión Europea



Fuente: Mounk (2018: 39)

*Gráfico 3*

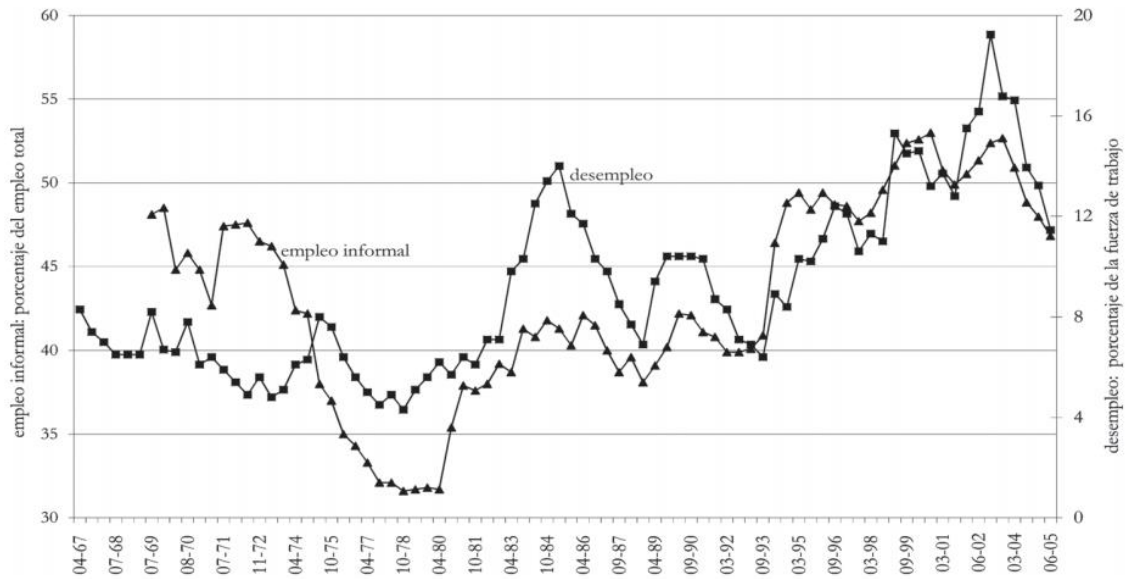
Evolución del coeficiente Gini venezolano



Fuente: Elaboración propia, con datos del Banco Mundial (2019)

**Gráfico 4**

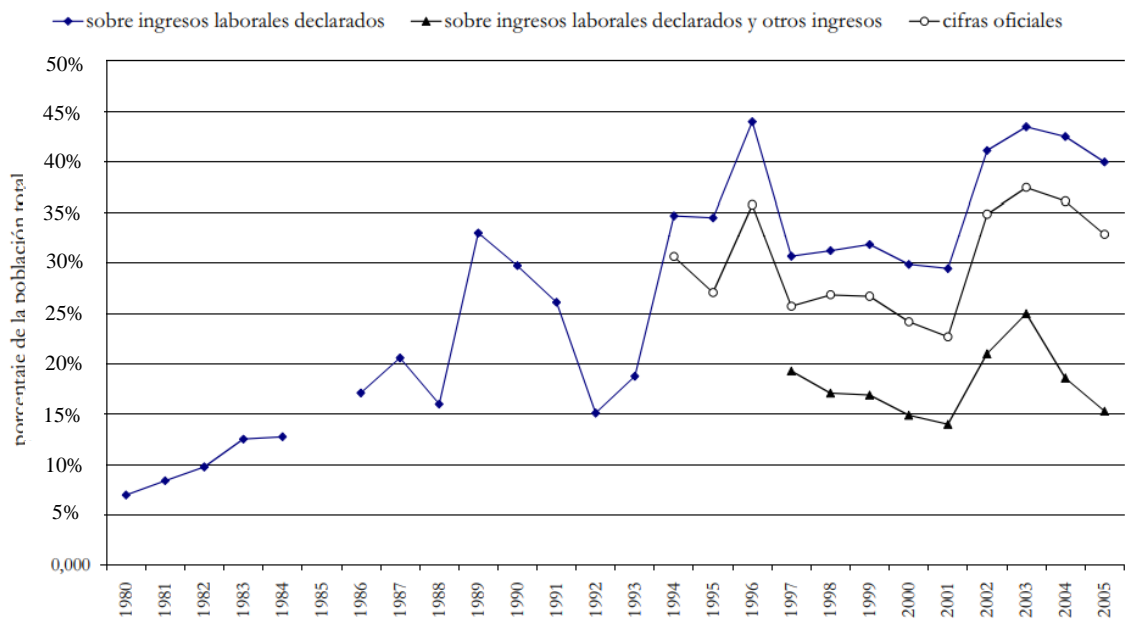
Evolución de las tasas de desempleo y de empleo informal en Venezuela



Fuente: Freije (2008: 93)

**Gráfico 5**

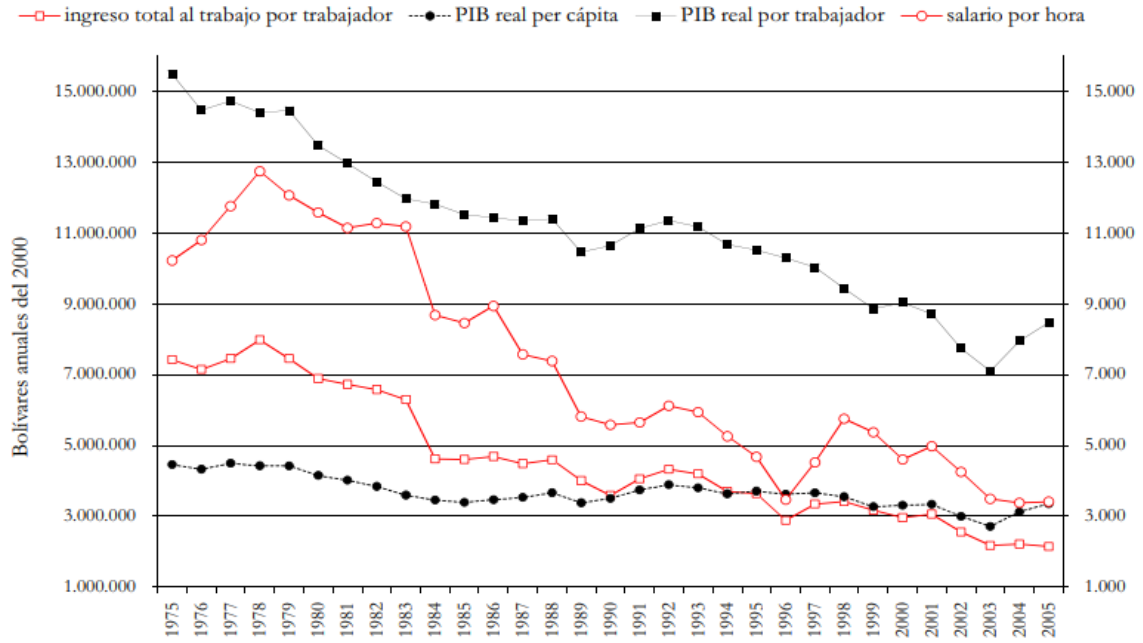
Porcentaje de población en pobreza en Venezuela



Fuente: Freije (2008: 95)

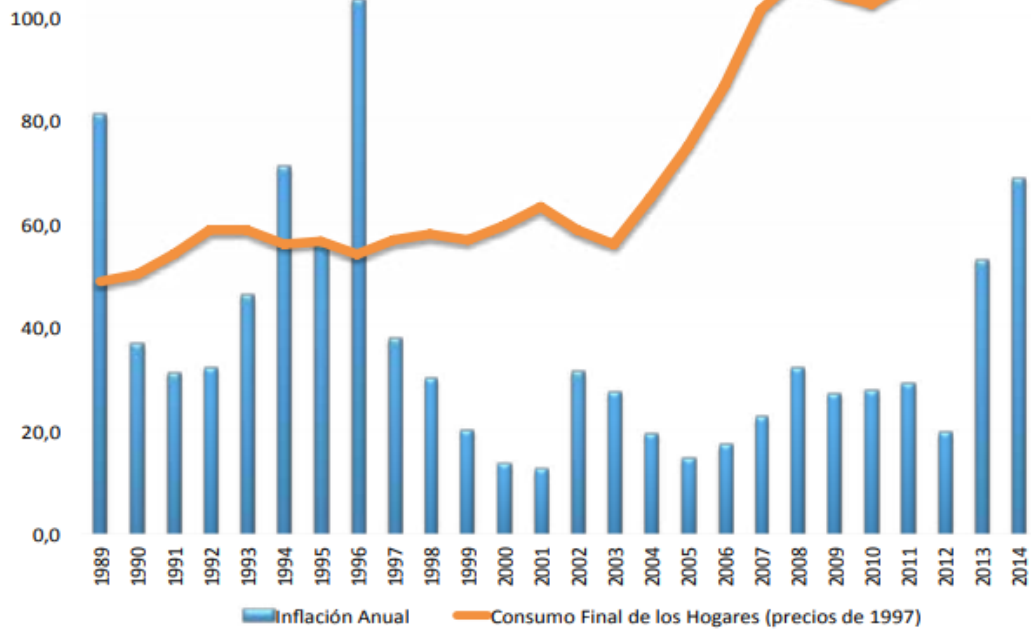


**Gráfico 6**  
**Producto salarios y productividad en Venezuela**



Fuente: Freije (2008: 97)

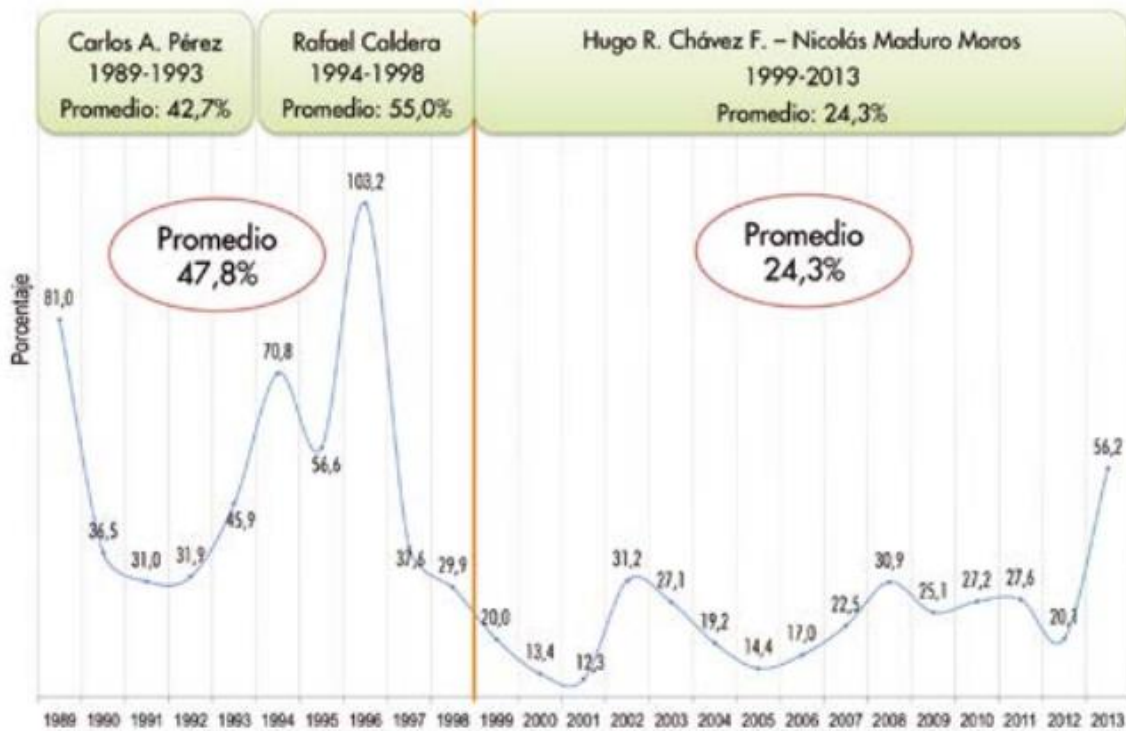
**Gráfico 7**  
**Inflación y consumo de los hogares en Venezuela**



Fuente: Ministerio del Poder Popular de Planificación (2015: 122)

**Gráfico 8**

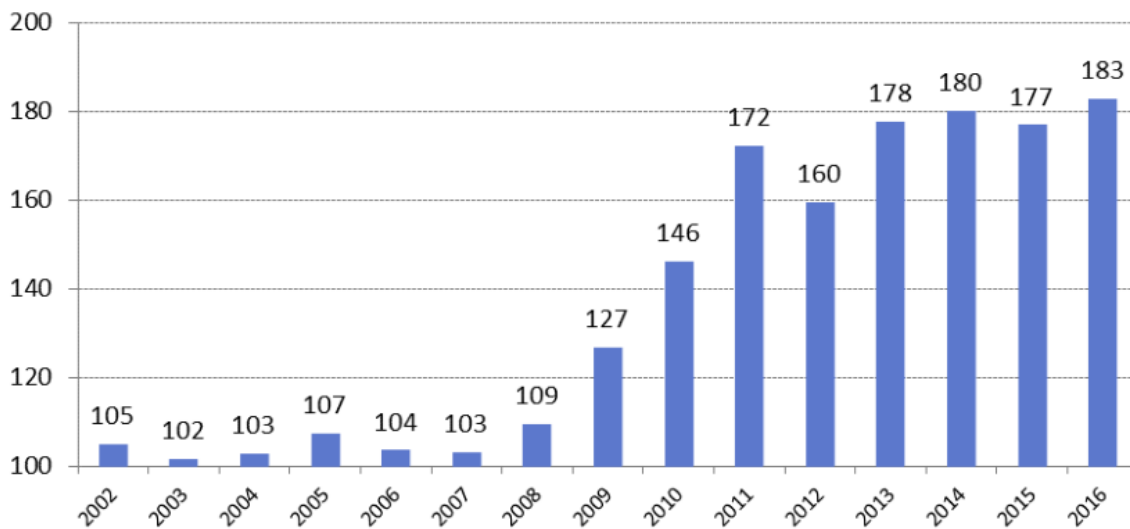
Variación porcentual del Índice de Precios al Consumidor (INPC) en Venezuela



Fuente: Ministerio del Poder Popular de Planificación (2015: 138)

**Gráfico 11**

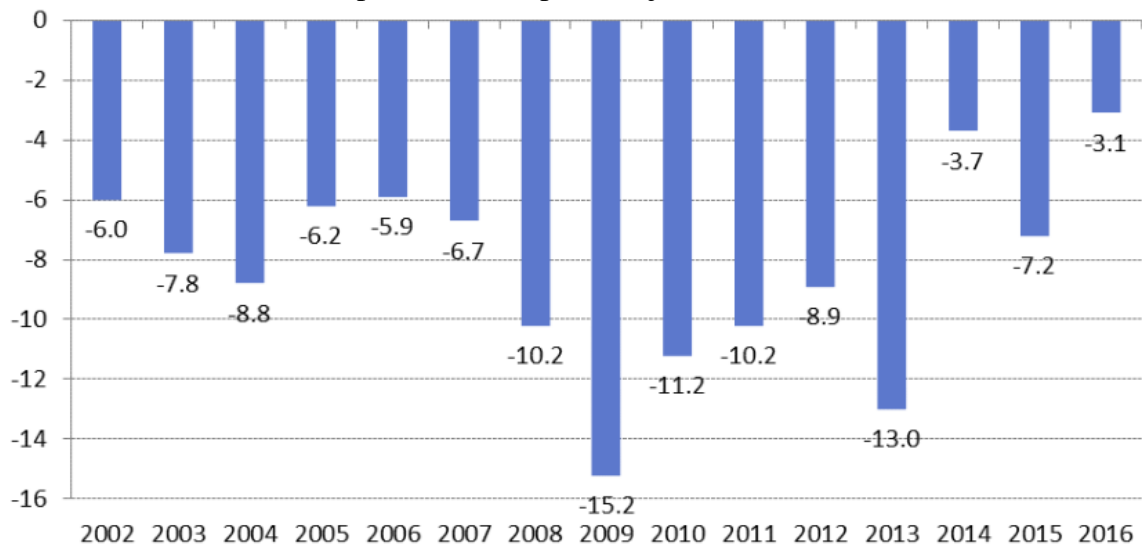
Deuda pública bruta de Grecia como porcentaje del PIB (2002-2016)



Fuente: OECD (2019)

**Gráfico 12**

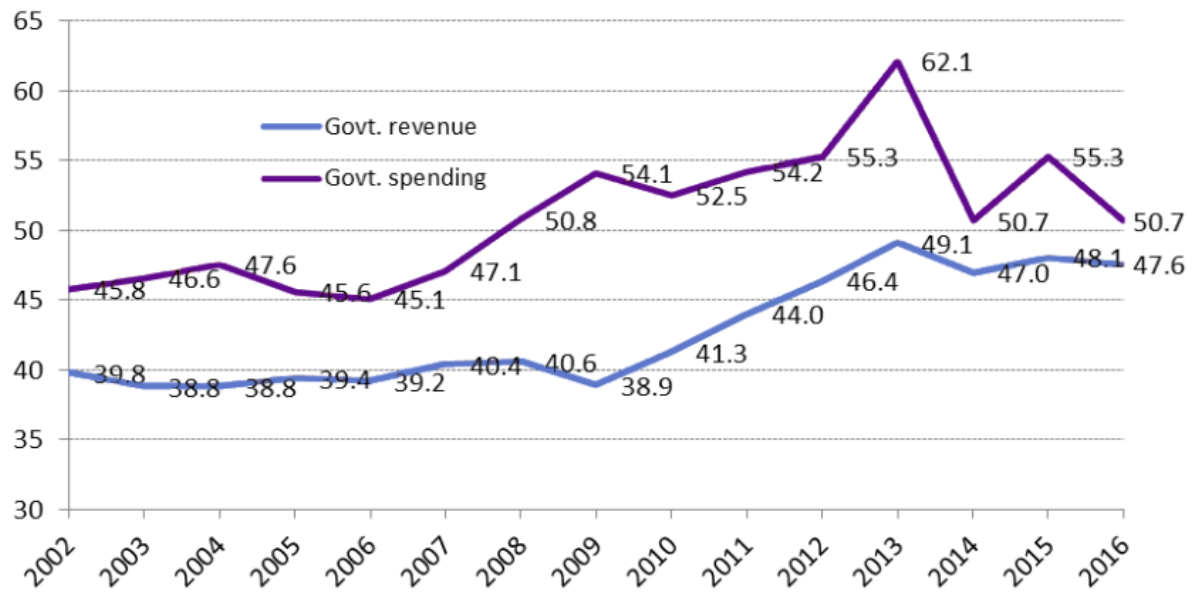
Déficit público como porcentaje del PIB (2002-2016)



Fuente: OECD (2019)

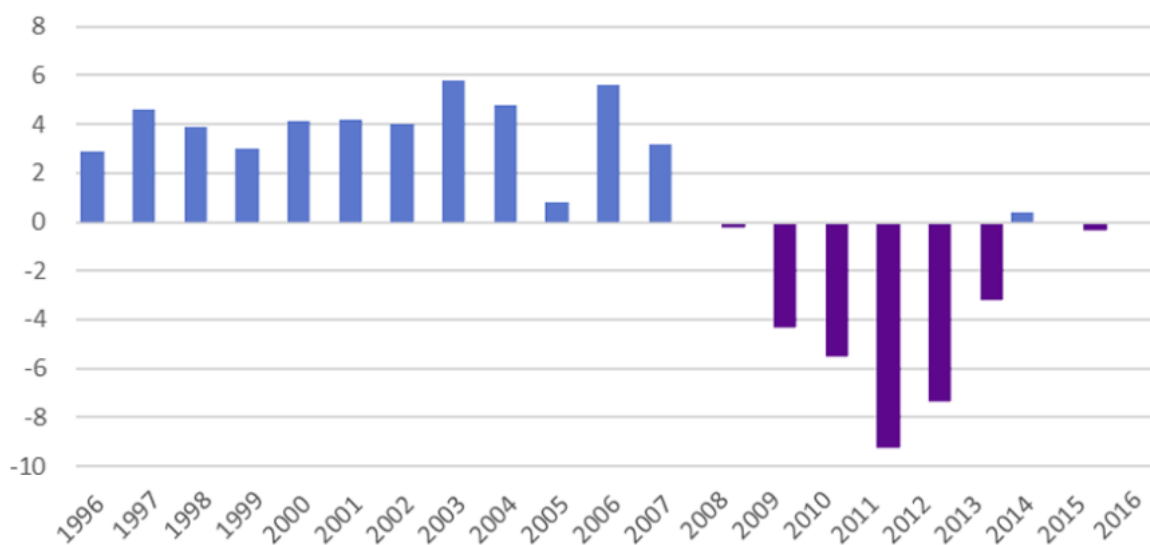
**Gráfico 13**

Ingreso y gasto del Gobierno griego como porcentaje del PIB (2002-2016)



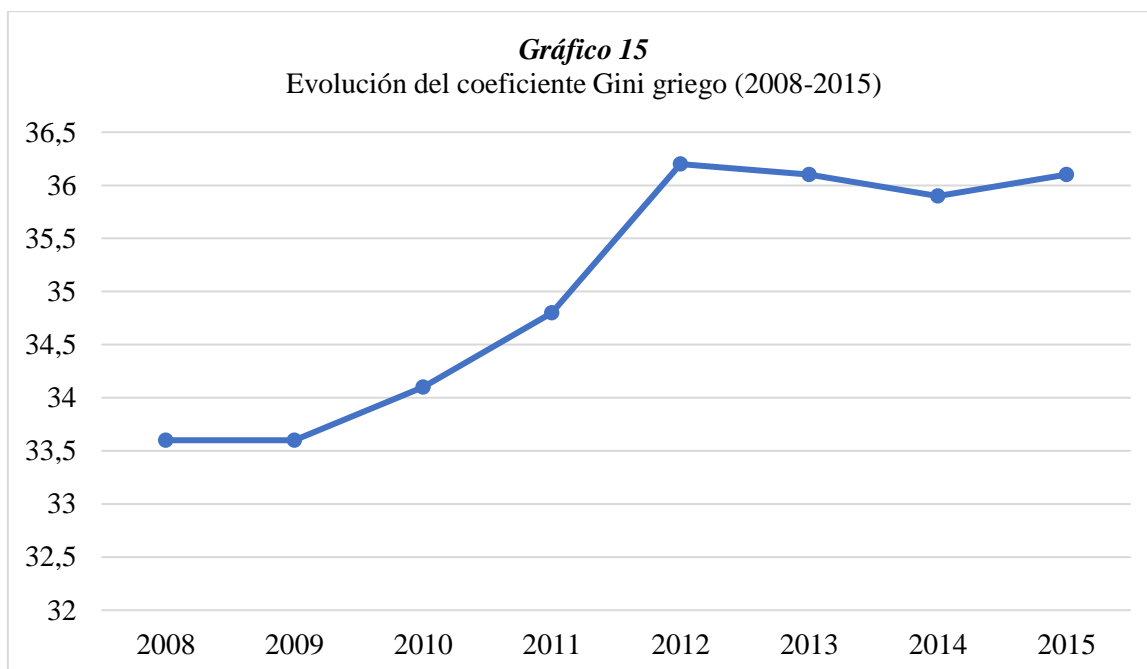
Fuente: OECD (2019)

**Gráfico 14**  
Tasa de crecimiento del PIB real griego (1996-2016)

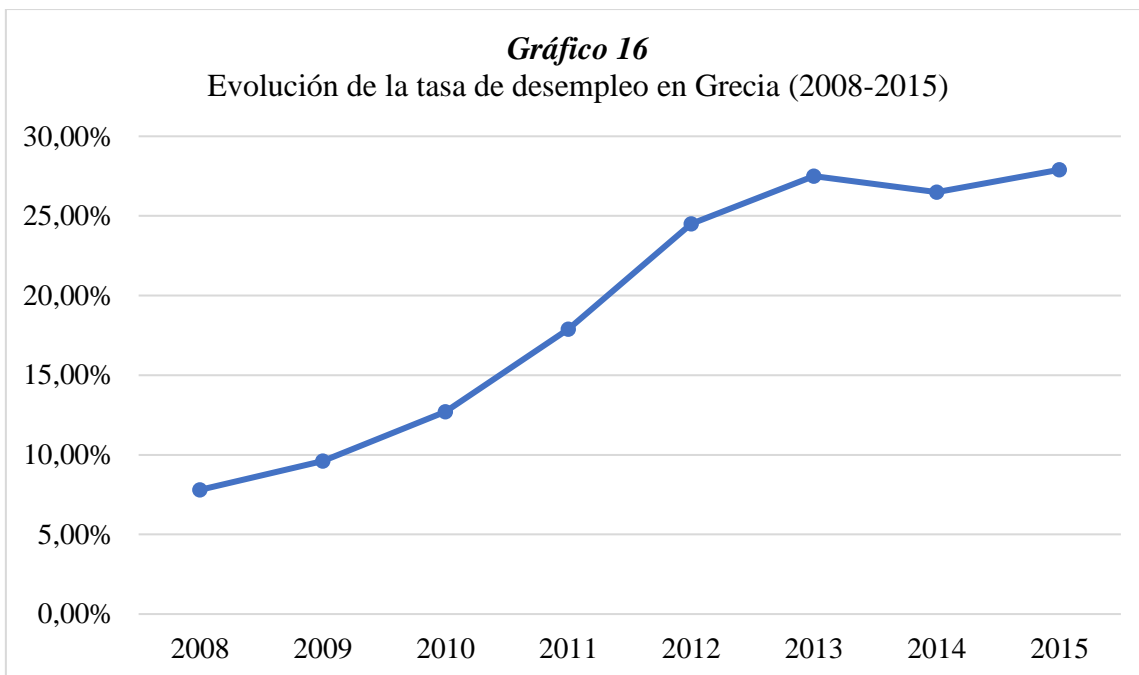


Fuente: OECD (2019)

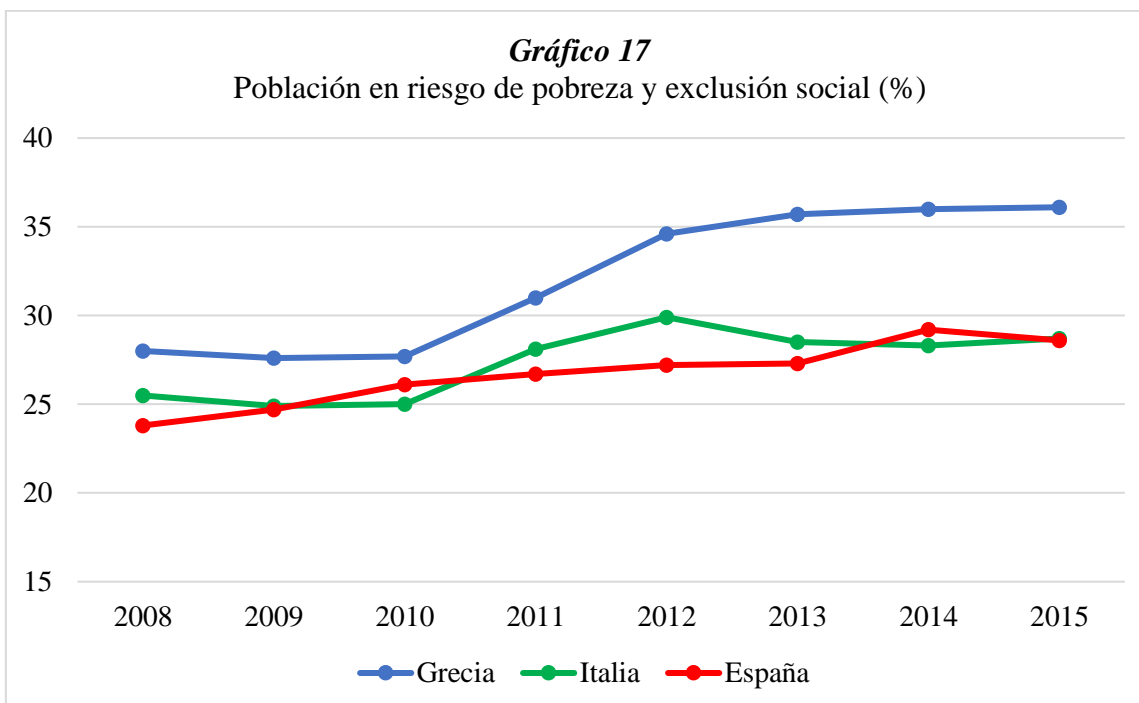
**Gráfico 15**  
Evolución del coeficiente Gini griego (2008-2015)



Fuente: Elaboración propia, con datos del Banco Mundial (2019)

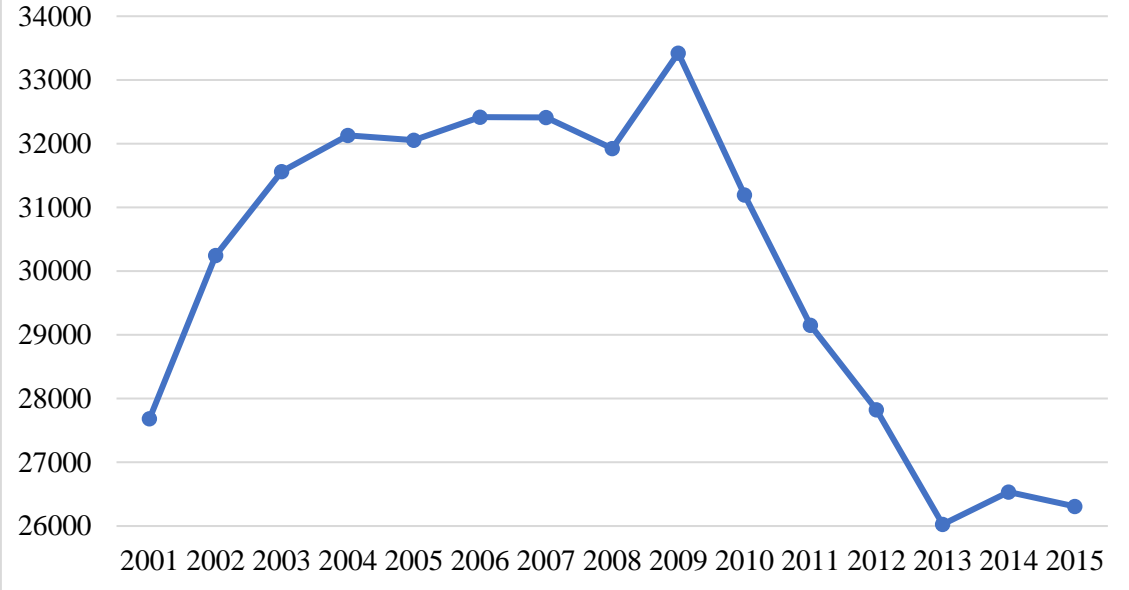


Fuente: Elaboración propia, con datos de OECD (2019)



Fuente: Elaboración propia, con datos de ELSTAT (2017), INE (2019) e ISTAT (2019)

**Gráfico 18**  
Salario medio en Grecia (US\$)



Fuente: Elaboración propia, con datos de OECD (2019)

## **ANEXO II: TABLAS**

*Tabla 1*

Tasa de desempleo de Venezuela (1980-1998)

Año	Tasa de desempleo (%)
1980	5,9%
1981	6,2%
1982	7,1%
1983	10,1%
1984	23%
1985	13,1%
1986	11%
1987	7,6%
1988	5,6%
1989	7,3%
1990	9,2%
1991	8,6%
1992	8,6%
1993	6,6%
1994	8,5%
1995	10,2%
1996	11,8%
1997	11,4%
1998	14,9%

Fuente: Elaboración propia, con datos de Riutort y Balza (2001)

**Tabla 2**  
Pobreza total y crítica en Venezuela (1975-1998)

Año	Nivel de hogares	
	Pobreza total (%)	Pobreza crítica (%)
1975	26,1	17,3
1976	28,9	9,3
1977	27,6	7,4
1978	23	5,9
1979	24,2	6,9
1980	24,3	9,6
1981	29,4	6,6
1982	33,3	8,6
1983	35,7	10,6
1984	37,2	11,9
1985	42,3	14,5
1986	43,6	14
1987	49,3	18,1
1988	52,4	18,4
1989	58,9	26,9
1990	68,9	30,7
1991	69,2	35,8
1992	62,4	27,1
1993	60,1	25,8
1994	60	25,6
1995	66,7	25,3
1996	77,1	45,1
1997	70	37
1998	71,1	38,2

Fuente: Elaboración propia, con datos de Riutort y Balza (2001)

**Tabla 3**  
Evolución de la confianza en el poder judicial en Venezuela (1995-2003)

	[862] Venezuela							
	1995	1996	1997	1998	2000	2001	2002	2003
Confianza en el Poder Judicial								
Mucha	13%	10%	18%	13%	22%	17%	11%	5%
Algo	16%	18%	19%	17%	25%	26%	19%	15%
Poca	31%	33%	39%	35%	30%	32%	37%	29%
Ninguna	38%	37%	22%	33%	21%	24%	31%	50%
No contesta	1%	0%	1%	0%	1%	1%	1%	1%
No sabe	2%	1%	1%	2%	1%	1%	1%	1%
(N)	1.200	1.500	1.200	1.200	1.200	1.200	1.200	1.200

Fuente: Latinobarómetro (2019)



**Tabla 4**  
Evolución de la confianza en el congreso de Venezuela (1995-2003)

	[%862%] Venezuela							
	1995	1996	1997	1998	2000	2001	2002	2003
Confianza en el Congreso								
Mucha confianza	9%	5%	11%	8%	12%	14%	13%	4%
Algo de confianza	13%	14%	18%	12%	20%	23%	21%	14%
Poca confianza	32%	31%	31%	29%	21%	32%	30%	25%
Ninguna confianza	44%	48%	37%	49%	40%	28%	31%	55%
No sabe	2%	2%	2%	2%	4%	2%	3%	1%
No contesta	1%	1%	0%	0%	3%	1%	2%	1%
(N)	1.200	1.500	1.200	1.200	1.200	1.200	1.200	1.200

Fuente: Latinobarómetro (2019)

**Tabla 5**  
Evolución de la confianza en los partidos políticos venezolanos (1995-2003)

	[%862%] Venezuela							
	1995	1996	1997	1998	2000	2001	2002	2003
Confianza en los Partidos Políticos								
Mucha confianza	6%	3%	7%	5%	9%	11%	7%	3%
Algo de confianza	10%	8%	14%	10%	14%	20%	12%	11%
Poca confianza	28%	23%	32%	27%	24%	29%	26%	25%
Ninguna confianza	54%	64%	45%	57%	49%	39%	51%	59%
No sabe	1%	1%	1%	0%	2%	1%	2%	1%
System missing	1%	1%	1%	0%	1%	1%	2%	1%
(N)	1.200	1.500	1.200	1.200	1.200	1.200	1.200	1.200

Fuente: Latinobarómetro (2019)

**Tabla 6**  
Evolución de la confianza en la policía de Venezuela (1995-2003)

	[%862%] Venezuela							
	1995	1996	1997	1998	2000	2001	2002	2003
Confianza en la Policía								
Mucha confianza	10%	4%	12%	8%	13%	14%	12%	7%
Algo de confianza	15%	13%	14%	15%	22%	21%	19%	19%
Poca confianza	30%	31%	36%	32%	30%	34%	28%	32%
Ninguna confianza	44%	51%	35%	44%	32%	31%	38%	40%
No sabe	1%	1%	2%	0%	1%	0%	2%	1%
No contesta	0%	1%	0%	0%	1%	0%	2%	1%
(N)	1.200	1.500	1.200	1.200	1.200	1.200	1.200	1.200

Fuente: Latinobarómetro (2019)

**Tabla 7**

Resultados de las elecciones parlamentarias, Venezuela 1958-2000 (%)

<b>Años</b>	<b>AD-COPEI</b>	<b>OTROS</b>	<b>Convergencia</b>	<b>LCR</b>	<b>MVR</b>
1958	64,7	35,5			
1963	53,5	46,5			
1968	49,5	50,4			
1973	74,7	25,3			
1978	79,5	20,5			
1983	78,6	21,4			
1988	74,3	25,7			
1993	46	19,5	13,8	20,7	
1998	36,1	44			19,9
2000	21,2	34,5			44,3

Fuente: Elaboración propia, con datos de Molina y Pérez (2002)

**Tabla 8**

Resultados de las elecciones presidenciales, Venezuela 1958-2000 (%)

<b>Años</b>	<b>AD-COPEI</b>	<b>OTROS</b>	<b>Convergencia</b>	<b>LCR</b>	<b>MVR</b>
1958	96,9	3,13			
1963	64,4	35,60			
1968	53	47			
1973	56,3	43,60			
1978	84	16			
1983	88,6	11,40			
1988	88	12			
1993	46,3	1,20	30,5	22	
1998	39%*	43,80			56,2
2000	0%**	40,20			59,8

Fuente: Elaboración propia, con datos de Molina y Pérez (2002)

\*La descomposición de AD y COPEI es tan significativa que ningún partido se ve capaz de presentar un candidato propio que goce de la suficiente aceptación social. Ese 39% se refiere, pues, al apoyo recabado por Henrique S. Römer, candidato independiente apoyado en última instancia por el bipartidismo clásico.

\*\*Con los dos partidos totalmente descompuestos y al borde de su extinción, AD y COPEI deciden no presentarse a las elecciones presidenciales del año 2000 (ni apoyar a ningún candidato en particular).

**Tabla 9**

Evolución de la confianza de la población griega en los partidos políticos (%)

<b>Año</b>	<b>Población que desconfía</b>	<b>Población que confía</b>	<b>NS/NC</b>
2008	86	14	0
2009	81	19	0
2010	92	6	2
2011	94	5	1
2012	94	4	2
2013	94	4	2
2014	94	4	2

Fuente: Eurobarómetro (2019)

**Tabla 10**

Evolución de la confianza de la población griega en el parlamento (%)

<b>Año</b>	<b>Población que desconfía</b>	<b>Población que confía</b>	<b>NS/NC</b>
2008	51	49	0
2009	67	33	0
2010	76	23	1
2011	82	18	0
2012	86	12	2
2013	89	10	1
2014	88	10	2

Fuente: Eurobarómetro (2019)

**Tabla 11**

Evolución de la confianza de la población griega en las autoridades locales (%)

<b>Año</b>	<b>Población que desconfía</b>	<b>Población que confía</b>	<b>NS/NC</b>
2008	52	47	1
2009	66	34	0
2010	69	30	1
2011	79	19	2
2012	77	22	1
2013	75	23	2
2014	78	21	1

Fuente: Eurobarómetro (2019)

**Tabla 12**

Evolución de la confianza de la población griega en el Gobierno (%)

<b>Año</b>	<b>Población que desconfía</b>	<b>Población que confía</b>	<b>NS/NC</b>
2008	66	34	0
2009	75	24	1
2010	73	25	2
2011	90	9	1
2012	91	7	2
2013	87	10	3
2014	89	11	0

Fuente: Eurobarómetro (2019)

**Tabla 13**

Evolución de la confianza de la población griega en la Unión Europea (%)

<b>Año</b>	<b>Población que desconfía</b>	<b>Población que confía</b>	<b>NS/NC</b>
2008	37	63	0
2009	45	55	0
2010	57	42	1
2011	67	32	1
2012	79	19	2
2013	80	18	2
2014	81	18	1

Fuente: Eurobarómetro (2019)

## ANEXO III: FIGURAS

*Figura 1*

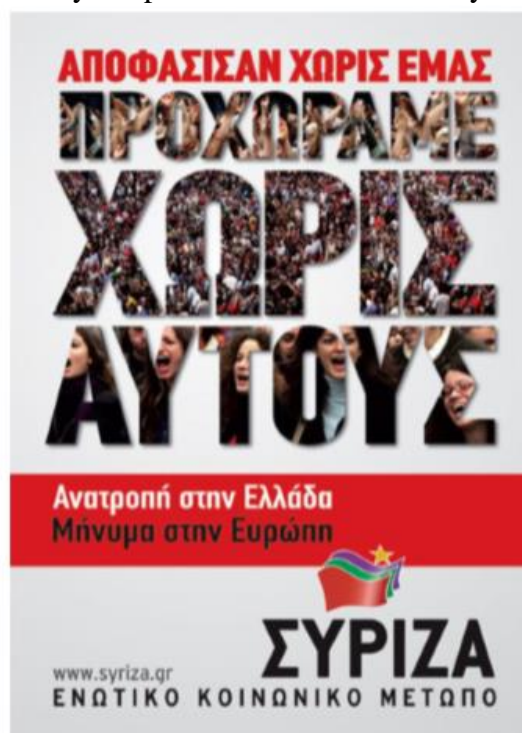
Cartel de Syriza para las elecciones de junio de 2012



Fuente: Stavrakakis y Katsambekis (2014: 129)

*Figura 2*

Cartel de Syriza para las elecciones de mayo de 2012



Fuente: Stavrakakis y Katsambekis (2014: 130)

*Figura 3*

Cartel de Syriza para las elecciones de mayo de 2012



Fuente: Stavrakakis y Katsambekis (2014: 131)